

REVISTA EUROPEA.

NÚM. 49

5 DE JULIO DE 1874.

AÑO 1.

HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO OBRERO EN EUROPA Y AMÉRICA

DURANTE EL SIGLO XIX.

INTRODUCCION.

Los desórdenes políticos y las injusticias sociales hacen que el mundo civilizado esté en plena crisis. De un lado trabaja sin cesar la reaccion por comprimir el pensamiento y dominar la conciencia; de otro lucha constantemente la revolucion para que el derecho se cumpla y la razon se imponga en todas las formas de la vida. No negaremos que con audacia unas veces, otras con habilidad, siempre con la fuerza, podrán los gobiernos despóticos retardar, detener, hasta impedir por algun tiempo que triunfen é imperen en los pueblos la razon y la justicia. Pero, ¿quién ya duda de que la constitucion definitiva de estos se verificará, tarde ó temprano, con arreglo á los principios universales del derecho y en virtud de las relaciones reciprocas que deben existir entre los organismos políticos y sociales para fines racionales y justos? Que los pueblos realicen el difícil concierto entre la libertad y la autoridad, el derecho y el deber, el individuo y la sociedad; que entiendan el progreso mejor que hasta el presente; que vean en la revolucion, no un fenómeno arbitrario, artificial y absurdo, sino un hecho ó una série de hechos naturales, espontáneos, esenciales y necesarios para la formacion de Estados, cuyos fines morales, políticos y sociales sean la fraternidad, la libertad y la justicia, y desde luego afirmamos, sin temor de ser desmentidos por nadie, que la reaccion, gérmen del despotismo, ha de sucumbir parcial ó totalmente ante la revolucion, única que hoy mira hácia la perfeccion del estado presente y futuro de la humanidad.

Agitanse, pues, y con motivo fundado, varias cuestiones importantes en el mundo científico, de las cuales dos sobresalen de las demas por su influencia directa é indirecta en la vida de los individuos y las naciones, y son la cuestion social y la cuestion política. Una y otra se levantan á la misma altura con iguales exigencias. Por nuestra parte creemos que si los problemas políticos y las

reformas económicas que perturban de continuo á las sociedades merecen un largo y detenido exámen, debe hacerse, y pronto, pero sobreponiéndonos á toda preocupacion de escuela, á toda pasion de secta ó partido, á toda parcialidad sistemática, á toda concepcion *à priori* y conclusion anticipada, colocando en su verdadero terreno, histórico y crítico, cuestiones que se desfiguran ó alteran en fuerza de particularizarlas con exceso, despues de haberlas generalizado sin plan ni método, sin orden ni concierto.

Por lo que á la cuestion social toca, sabemos que no hay escuelas, partidos ó sistemas con un criterio conforme al ideal de justicia. La conciencia pública, como la razon individual, no están satisfechas de las doctrinas antiguas, ni aceptan las ideas de los tiempos medios, ni aprueban los principios predicados y las reformas ensayadas por los socialistas modernos. En medio de tal desorden gritan unos, y protestan otros, y amenazan muchos: los más prudentes piden como de necesidad urgente discusiones y polémicas reflexivas y serenas, sobre asuntos de cuya gravedad, importancia y trascendencia solamente los necios y despreocupados hacen poco caso; los más atrevidos se levantan á nombre de una clase, que excitada por el sufrimiento y trastornada por predicaciones insensatas, aparece en la escena social queriendo una total participacion en la herencia de las últimas revoluciones. No cabe mayor desorden de las ideas, ni tanta desorganizacion en las colectividades, ni tal informalidad en los individuos. Sistemas nacidos ayer mueren hoy desacreditados, quizá sin conocerles lo bastante para condenarlos y censurarlos. Sociedades un dia formadas á impulsos de un entusiasmo ilimitado y de una fe al parecer inquebrantable, se disuelven al siguiente como por encanto, sin que haya fuerza humana que sea capaz de reconstituirlas y fomentarlas. Aumenta rápidamente el partido de los excépticos, de los indiferentes y egoistas, lo mismo en asuntos políticos que en cuestiones de economia social. ¿Deberá esto seguir por mucho tiempo?

Entendemos seriamente que no. Exacto es, á no dudarlo, el estado lamentable en que la mayoría de los pueblos se encuentra; pero cierto es tambien que á nadie fué dado torcer el progreso en su marcha hácia el bienestar de todos, ni evitar que

se vaya realizando gradualmente el perfeccionamiento moral, económico y político de las instituciones sociales. En cada siglo sufren éstas evoluciones y cambios que las alteran ó descomponen casi siempre en un sentido de universal justicia, por interés general, con principios de igualdad y libertad. Al través de tantas y tan repetidas oscilaciones revolucionarias y reaccionarias, el bien se sobrepone al mal, el placer al dolor, la ley á lo arbitrario, el derecho al capricho, lo justo á lo injusto, la razon á la fuerza. El progreso cumple en esto como en todo su ley histórica.

Abramos, pues, la historia, que en sus páginas leeremos cómo se realiza y cumple la ley del progreso social, y cómo la emancipacion de los trabajadores, — objeto principal de este libro, — se manifiesta clara y distintamente en la sucesion de los acontecimientos.

Era la guerra el estado general de los pueblos antiguos. No tenían éstos otra ley que la fuerza. *La gloria de la justicia corresponde al más fuerte*, dice Tácito, en cuyas palabras resume las ideas fundamentales de la sociedad antigua. La señal de guerra significaba por aquellos tiempos una obra de exterminio, no solamente contra los vencidos en el campo de batalla, sino contra las ciudades y aun contra pueblos enteros. Los vencedores eran dueños absolutos de los bienes y personas de sus enemigos; y tan sólo cuando las religiones paganas pudieron influir en aquellas incesantes guerras sometieron aquellos á condiciones más humanas. La esclavitud, que hoy miramos justamente con horror y condenamos como el mayor de los crímenes contra la humanidad, representa en esa su primera época un paso progresivo de aquella sociedad organizada sobre la fuerza bruta, sobre el sacrificio de victimas humanas, sobre la lucha permanente de pueblo á pueblo, sobre todo lo que era sangre, violencia y destruccion.

Desde el momento en que la religion aseguró á los esclavos, cuando ménos, el derecho á la vida, quedaron admitidos éstos en la sociedad, aunque en las condiciones más degradantes y repugnantes. Ejemplos aislados de casos que demuestran lo contrario de lo que decimos, no sirven para echar á tierra de un solo golpe los fuertes argumentos que pueden presentarse en favor de la perfectibilidad humana, jamás desmentida ni puesta en duda por ninguno que de imparcial se precie. El tiempo, que no en balde pasa para el progreso de la humanidad, dice que hay siempre un instinto de conservacion en los individuos como en los pueblos, que les impide destruirse mutuamente, batirse y matarse como bestias ó fieras salvajes. Antes el vencedor mataba

al vencido; luego le declaraba su esclavo, teniendo sobre éste un derecho absoluto de vida ó muerte; despues ya le daba su libertad, ora haciéndole pagar un rescate, ora dedicándole á labrar sus tierras, ora destinándole á otros trabajos de su exclusiva utilidad. La esclavitud de Occidente fué ya un progreso, si se la compara con la esclavitud de las castas inferiores del Oriente. Podia ser emancipado el esclavo griego; Roma mejoró á su vez la condicion del esclavo: la manumision daba á éste los derechos de ciudadanía. Andando los tiempos la ciudad conquistadora del mundo concedió á los vencidos derechos hasta entónces reservados á los vencedores, concluyendo todos por confundirse en la gran unidad social y política del imperio romano.

Todavía la historia señala otra época de mayor progreso en la constitucion de las sociedades humanas; aquella en que apareció el cristianismo destruyendo los demas cultos, á la vez que se verificaba en el Occidente y Mediodia de Europa la invasion de los bárbaros del Norte, trayendo consigo sentimientos de independendencia y costumbres guerreras muy distintas á las de los romanos. Ambos acontecimientos fueron los gérmenes de la civilizacion moderna.

Ciertamente que algo se ha exagerado la influencia de la doctrina cristiana y la preponderancia de las ideas y costumbres germánicas, en la série de revoluciones que acaecieron en las Edades media y moderna. A fuer de críticos severos é imparciales, debemos afirmar que estas célebres palabras: «*Mi reino no es de este mundo*,» explican el pensamiento de Cristo de no mezclarse en la organizacion social y política del mundo antiguo. San Pablo, y con él los Apóstoles, los Evangelistas y muchos Padres de la Iglesia, nunca llamaron á los esclavos á la libertad. Las tan predicadas y ensalzadas frases cristianas de igualdad y libertad son dogmas esencialmente religiosos, con sentido de otra vida ideal ante Dios, pero sin relacion alguna con la vida real. Acaso mejor que el cristianismo abrió una nueva era la invasion germánica en la vida histórica de la humanidad. No desaparecieron con ella las leyes y costumbres de los romanos; antes bien dejáronse imponer la civilizacion de los vencidos. El derecho, la administracion, el idioma, la literatura, la ciencia, el arte, la religion, cuantos elementos constituyen la importancia de la civilizacion romana en sus distintas y múltiples esferas dominaron poderosamente sobre todos los bárbaros invasores, galos y francos, hunnos y vándalos, godos y suevos, etc. Sin embargo, con el cristianismo y con el germanismo, la esclavitud convirtiéndose en servidumbre.

Señala esta época una notable revolucion social de aquellos tiempos, puesto que el trabajador es ya reconocido civilmente, con derecho á formar familia, á poseer tierras, á disponer de sus bienes. Verdad es que el siervo conserva sumision al amo, que sirve á éste personalmente y sin retribucion alguna, que vive sometido al impuesto, abrumado por infinitas cargas señoriales, y sujeto al capricho del rey y del señor feudal, noble ó clérigo; pero tambien es cierto que el siervo representa en ese momento histórico el *medio* entre el esclavo y el hombre libre. ¿Quién no ve en esta emancipacion gradual y sucesiva de los trabajadores otro notabilísimo progreso social?

En los primeros siglos del cristianismo, todas las manifestaciones de la vida fueron esencial y exclusivamente católicas. La Iglesia, en un principio, consideró la unidad religiosa, la unidad social y la unidad política como el ideal divino. Un Dios, un Papa, un Emperador, pero sometido éste á los sucesores de San Pedro. La pretendida unidad católica era no más que una continuacion de la falsa unidad pagana. Del mismo modo que el paganismo romano se imponia á las demas naciones con el derecho de la fuerza, el catolicismo romano ahogaba toda discusion con el hierro y el fuego, con los tormentos más horribles y con la muerte más afrentosa. El catolicismo como el gentilismo no tenian más verdad que la fuerza; detrás de ésta la esclavitud, ó cuando ménos la servidumbre. Por su parte las razas invasoras atendieron á la conquista y á la conservacion de lo conquistado, apropiándose la tierra de distintas maneras. Dividióronla unas en tres partes; cada señor tomaba dos terceras para sí, dejando la otra para los vencidos y conquistados; otras se limitaron en un principio á recibir de los siervos las dos terceras partes del producto de las tierras, sin reservarse ninguna para sí, y no faltaron algunas que se dieron á si mismas todas las tierras, obligando á sus habitantes á trabajarlas como esclavos. El reparto de la tierra tomaba el nombre correspondiente á la categoría ó dignidad del conquistador ó agraciado. Dotacion imperial se llamaba la perteneciente al Estado y apropiada por los reyes; señorial la que poseian los altos dignatarios del imperio y las familias senatoriales, usurpada luego por los capitanes y jefes de legiones; la masa de soldados vencedores se distribuyeron por igual las grandes porciones de tierras que los guerreros romanos se asignaban para su sustento en todas las provincias.

La conservacion de estas inmensas propiedades, adquiridas por el derecho de la fuerza, constituyó la aristocracia feudal, poder terrible durante la Edad Media, el cual llegó á debilitar la

autoridad de los reyes al mismo tiempo que explotaba para si la riqueza y el trabajo de los pueblos.

En este período fué la servidumbre la más odiosa y repugnante de las instituciones humanas, á excepcion de la esclavitud. El siervo, es decir, el obrero trabajaba gratis para el señor feudal algunas semanas ó algunos meses del año; y cuando trabajaba para sí, era á condicion de pagar al señor un tanto por cada cosa que hacia. Del fruto que el siervo sembraba habia de meter la mayor parte en los graneros del amo; de la lana que cortaba habia de entregar la mejor al amo; de los ganados que compraba habia de dar las mejores crias al amo. El siervo en la guerra habia de proveer á su señor de animales de tiro, de armas, de municiones, de comestibles, de todo, en fin. Las tierras del siervo habian de alimentar los ganados de su señor, y si los ganados del siervo pastaban en las tierras del amo, habia de pagar aquel á éste crecidas cantidades. Además, el siervo se obligaba á prestar cuantos servicios personales le exigia su señor. ¡Qué penas y castigos tan horribles sufria el siervo si no cumplia exactamente las condiciones de esos inicuos contratos! El señor, aunque faltase en algo, en mucho ó en todo, no tenia responsabilidad ante nadie. La Iglesia, por su parte, interesada en sostener el feudalismo, del cual sacaba la mayor utilidad, amenazaba con las penas eternas á los siervos culpables de algun ligero delito contra su amo, miéntras oraba por la salud y la gloria y las riquezas del señor feudal.

Aún era fuerte el feudalismo de los nobles y los clérigos cuando los reyes intentaron recobrar su poder y aumentar su prestigio. Por ningun medio mejor consiguieron su objeto que poniendo trabas al orgullo feudal y cortando abusos de los privilegiados de aquella época, miéntras concedian beneficios directos ó indirectos á los siervos y villanos, á los emancipados y colonos, á los enfiteutas y aparceros, que en todas estas clases, y otras más que no mencionamos, se dividia la servidumbre por los siglos X, XI y XII. Ya desde este último las ordenanzas reales imponian severísimas penas á los nobles ó señores que practicaban con sus vasallos actos de crueldad espantosa y de horribles martirios, bajo el nombre de justicia señorial. Y como si esto aún no bastara para abatir el orgullo feudal, los reyes, que en esto contaban siempre con el apoyo moral y material del pueblo, abolieron las bárbaras costumbres llamadas derecho de pernada, de primicias, de desfloracion ó de prelivacion, mejoraron las leyes sobre caza y pesca, y ordenaron las relaciones entre señores y siervos, amos y criados,

en sentido más humano. Con esto, y más especialmente con los fueros y franquicias concedidos á las ciudades, lograron los monarcas destruir poco á poco el régimen feudal. Al pueblo solamente restaba hacer lo demas; es decir, abolir la servidumbre.

Las cartas-pueblas, los fueros y leyes municipales, tendian todos á mejorar la condicion civil de los hombres y los pueblos, creando el sistema municipal ó comunal, disminuyendo privilegios señoriales, y concediendo franquicias, libertades, garantías y derechos á las clases obreras de las ciudades. No tardaron éstas en organizar libremente su trabajo. Tarea noble y fecunda que hacia resaltar más la miseria y el servilismo de los trabajadores del campo.

Dice mucho en favor del progreso social este abatimiento del feudalismo y esta casi emancipacion de los siervos en plena Edad Media. ¿No puede considerarse este momento como transitorio del feudalismo á la libertad?

A partir de aquí, los trabajadores libres tendieron á aunar sus fuerzas, á formar coaliciones de artes ú oficios con el fin de protegerse mutuamente, pero trabajando cada uno por su cuenta y riesgo, no para producir en comun. La influencia de tales asociaciones, corporaciones ó gremios en las ciudades, era más bien política que social. Y como quiera que solamente los maestros de artes y oficios, los cuales eran á la vez trabajadores y fabricantes, dueños de tiendas y jefes de industrias, sabian ejercer los derechos del ciudadano, no tardaron en apoderarse de los concejos ó municipios, constituyendo en adelante la organizacion principal de las naciones. Llegamos por fin al establecimiento de una nueva clase, fundada en el privilegio de las artes y oficios, enemiga de los nobles y del clero, dueña del capital y del trabajo, de la inteligencia y la accion. ¡Cuánto debemos lamentar sus preocupaciones, sus errores y sus vanidades, empenándose en imitar las distinciones, gerarquias y privilegios de la aristocracia con distinciones, gerarquias y privilegios entre los hijos del trabajo!

La separacion de los maestros, como clase, de los oficiales y aprendices, dió lugar á que los primeros fomentasen la clase media, el tercer estado, mientras los otros echaban los gérmenes del proletariado, el cuarto estado, que á su vez y sin pasarse muchos siglos habia de iniciar la revolucion más justa y gloriosa de cuantas registra la historia de la humanidad.

Decir ahora en todos sus detalles la organizacion de esta nueva clase social, seria tarea harto extensa para la modesta introduccion de nuestra obra. Debemos, sin embargo, señalarla como pri-

vilegiada y como explotadora y monopolizadora de las clases trabajadoras. En cambio de sus privilegios, el gremio por un lado, y los maestros por otro, habian de pagar gabelas y otros impuestos crecidísimos á la beneficencia local, al municipio, al rey y á la Iglesia; todos interesados en absorber las ganancias de los asociados, que á su vez se indemnizaban explotando á los oficiales y aprendices. Pero no por esto dejamos de reconocer en tal organizacion otra nueva forma del progreso social, porque al ménos sostenia la concurrencia con el trabajo servil que alimentaban y desarrollaban las corporaciones religiosas y las castas nobiliarias.

Algunos siglos han pasado desde el mejoramiento social del tercer estado sobre la base de la organizacion del trabajo y de su intervencion en la cosa pública, aunque no en justa relacion de libertad ó igualdad. Durante ellos se han verificado grandes y terribles sublevaciones de los siervos trabajadores del campo y de los artesanos trabajadores de las ciudades, con el santo fin de lograr su libertad política y tambien alcanzar su emancipacion social y religiosa. Entre otras, recordamos las rebeliones del condado de Essex, capitaneadas por Tyler y Straw; la Jacquerie; la de los valdenses y albigenses; la de los stadings, flagelantes, frerots y beguards; la capitaneada por Wiclef; la de los hussistas, taboritas, caliztinos; la de los anabaptistas de Munster, etc., etc. Inútiles fueron estas tentativas, y cuantas llegaron á realizarse por los mismos medios y con iguales propósitos. Si la clase media pudo emanciparse del yugo feudal, no sucedió lo mismo con la clase de los siervos del campo, ni tampoco con la de los trabajadores de las ciudades, los cuales permanecieron como pegados á sus maestros y patronos, fatigados al parecer de la ineficacia de sus esfuerzos, y confiados en mejores dias para el establecimiento de un régimen fundado en la igualdad social. Mejoró su condicion, es cierto; pero como resultado de las costumbres públicas y por efecto de una nueva nocion de la moral, más universal y humana que la dominante hasta entónces en aquella sociedad oprimida por el egoismo católico y la sed de riquezas de la Iglesia romana, por la ambicion de los nobles, que se veian desposeidos de muchos privilegios, y por el poder ya absoluto de los reyes de derecho divino.

Por último: desde mitad del siglo XVI á fines del siglo XVIII los siervos y los obreros se sometieron á la clase media, siguiendo á ésta desinteresadamente en su camino revolucionario y ayudándola con todos los elementos y medios de que podian disponer, que eran muchos. La revolucion francesa fué el resultado de esta union íntima y

estrecha entre la clase media y el pueblo. La primera se emancipó totalmente: *no era nada, y lo fue todo*. El segundo vió levantarse de su propio seno el proletariado moderno.

Nada hay en el momento actual que manifieste con más elocuencia el carácter progresivo que distingue á todos los actos humanos, como este movimiento social y político de las clases jornaleras. Por tanto, creemos andar acertados escribiendo su historia, y juzgando imparcialmente los sistemas planteados por los sectarios más distinguidos del socialismo moderno. Pero con la debida anticipacion, y á fin de evitar comentarios infundados y suposiciones aventuradas, hemos de declarar que tanto huimos de esos que quieren transformar violenta y repentinamente la actual organizacion social, como de los otros que creen satisfacer á su propia conciencia y al progreso humano con oponerse á la solucion de los problemas económicos y mostrarse indiferentes ante el mejoramiento de las clases obreras.

El sentimiento honrado que inspira este humilde trabajo nos obliga á reconocer que una gran parte de esta sociedad se compone de hombres que viven en la miseria, al día, que no gozan del producto íntegro de su trabajo, que están hambrientos, que no reciben instruccion alguna, que á sí propios, y con cierto orgullo, se llaman proletarios, y son hijos legítimos de aquellos que en lo antiguo fueron esclavos, luego siervos, más tarde vasallos..... Tenemos el deber sagrado de decirles: «Vosotros, que creéis ser diariamente explotados; que pensais en la esclavitud pasada, en la lucha material presente, en la victoria futura, no levanteis, no, un ideal revolucionario con venganzas y violencias; porque si tiempos hubo en que unas clases destruyeron antiguos privilegios para fundar otros nuevos, no ménos odiosos é injustos éstos que aquellos, ya hoy, merced al espíritu recto que anima á toda innovacion, á la forma pacífica que adopta toda reforma, á las propias condiciones de la libertad, al mismo sentido progresivo que por todas partes se abre paso con vigoroso empuje y racional empeño, hoy, repetimos, que la revolucion se desarrolla con plan y medida, no para mejorar una clase, sino todas; no para amparar y sostener el predominio egoísta de un tercer estado, cuarto ó quinto, sino para proteger y guardar por igual el derecho de muchos y el de todos, basta la persuasion para justificar y legitimar vuestras pretensiones acerca de la modificacion en las condiciones políticas y económicas de la sociedad. ¿Qué importa, si vuestros adversarios os combaten con las armas de la astucia y la fuerza, de la calumnia y la injuria? Vosotros no debeis aceptar

jamás esa lucha brutal. Os exponéis á perder el tiempo, y lo que vale más, el honor. Sed dignos de vosotros mismos, como individuos y como clase, elevándoos de grado en grado por un concepto racional de la revolucion, hasta dejar sólidamente establecidas las relaciones naturales del individuo en la familia, de la familia en el pueblo, del pueblo en la nacion, de la nacion en la humanidad.» Veremos luego en el curso de la obra si éste y no otro es el sentido social de las clases jornaleras.

Por lo que á la cuestion política se refiere, tambien la revolucion realiza su principal destino en una gran parte del mundo civilizado, sobre todo provocando el ejercicio del sufragio para todos los ciudadanos, sin distincion de clases. Allí donde aún no se ha establecido ó está limitado bajo formas diversas, se establecerá ó completará. Con él, todos los pueblos y las clases todas constituyen los gobiernos, disponen de los poderes públicos, administran los intereses generales ó comunes; en una palabra, quedan igualados los derechos en todos los ciudadanos, en todos los hombres. Sabemos demasiado bien que resta mucho al llamado impropriadamente cuarto estado para afirmar su ideal político y tener perfecta conciencia del presente y el porvenir de la humanidad. Prueba esto que decimos la vida de algunos tronos é imperios, tanto más fuerte cuanto ménos sentida es la educacion de los pueblos que les sufren. Pruébalo, asimismo, que en todas partes los obreros, ó cada grupo de obreros, obedecen á sistemas incompletos, á pensamientos irrealizables, á ideas confusas, á principios egoístas, á propósitos absurdos. Son escasas las agrupaciones obreras que tienen una idea positiva y una conciencia acabada de los medios mejores para alcanzar la emancipacion del proletariado. Miéntras se juntan ó asocian unos jornaleros por el odio profundo y tradicional que sienten hácia clases que llaman privilegiadas, hay otros que se hacen la ilusion de llevar á cabo una confederacion universal, que en un día dado y á una misma hora rompa las relaciones de la vieja sociedad, y como por arte de encantamiento haga brotar instantáneamente otras nuevas con virtud bastante para dar la felicidad á los trabajadores sobre la ruina de los capitalistas. Aquellos y estos hacen alarde de su indiferentismo por las cuestiones políticas, evitándose de este modo, dicen, servir de instrumentos á los partidos liberales, monárquicos ó republicanos. ¡Error que sería funesto si de él participase la generalidad de los obreros, y no estuviese contrarrestado su influjo por el buen sentido del pueblo en todas las naciones!

Mas no anticipemos nuestros juicios, que basta lo dicho como introduccion de este trabajo histórico sobre el movimiento obrero de Europa y América durante el siglo XIX. Las ideas que dejamos apuntadas creemos sean necesarias para el previo conocimiento del fondo de la obra. En cuanto al autor, se da por muy satisfecho con que le hagan justicia en sus intenciones y propósitos los ilustrados lectores de la REVISTA EUROPEA, á cuya docta publicacion van dedicados éste y los capitulos sucesivos.

Madrid, Julio de 1874.

JOAQUIN MARTIN DE OLÍAS.

LA GLORIA DE LOS AUSTRIAS.

POEMA EN UN CANTO.

A mi buen amigo el profundo filósofo
D. Urbano Gonzalez Serrano.

I.

¡Musa viril de la Epopeya, canto
Aquella accion tristísima en que vino
A ser de niño el héroe de Lepanto
Un hermoso juguete del destino!
¡Canto, Musa, al varon que siendo espanto
Del turco, el holandés y el argelino,
En la historia aprendió de unas manzanas
La caridad y la virtud cristianas!

II.

¡Canto tambien al héroe, que de horrores
Fué la Europa y el Africa llenando,
Hasta que, harto de goces y de honores,
La tristeza de Tito halló en el mando;
Al que la suerte, incierta en sus favores,
Le hizo saber por fin, el tiempo andando,
Como puede parar un campesino
Al conductor del carro del destino!

III.

¡Lector, lector! ¡Aprende en la aventura,
Que siempre, el que honra á un pobre, sale
[honrado,
Y que son la ventura ó desventura
Reflejos nada más de lo pasado!
¡Verás en esta rápida lectura,
Por tu gran corazon iluminado,

Que no siempre da dicha la victoria,
Que es la virtud más grande que la gloria!

IV.

Muy niño aún, descalzo y sin montera,
Subió á robar manzanas á un manzano
Don Juan de Austria: era un alma aventurera,
Y el mundo es un festin para el milano.
Se ignora de él en la comarca entera
Que es hijo de su excelso soberano.
Pues ¿qué hace en Yuste? Es paje de Quijada.
Nada. Un poder desconocido, es nada.

V.

El mismo Emperador con extrañeza
Ve que, en cuanto á perales y manzanos,
Los esquilma don Juan con la destreza
Que envidiaria un jugador de manos.
Lo ve, porque arrastrando su tristeza,
De incógnito por cumbres y por llanos
Vaga el Rey junto á Yuste sin objeto,
Dejando ¡gloria á Dios! al mundo quieto.

VI.

El hijo natural del padre agosto,
Convirtiendo el manzano en su despensa,
Comia las manzanas con un gusto
Que denotaba una salud inmensa.
—«Siete veces al dia peca el justo»—
Disculpando á don Juan, don Carlos piensa.
—«Siete veces»... siguió en su pensamiento,
«Méno justos cual yo que pecan ciento.»—

VII.

Lo ve tambien el dueño del manzano,
Y le arroja á don Juan tales pedradas
Que hace correr hasta el lugar cercano
A un rebaño de cabras asustadas.
Al verlo, grita el Rey.—«Basta, villano.»—
¡Cómo! direis ¿en épocas pasadas
A un príncipe apedreaba un campesino?
Así pasó. Cuestion: ¿qué es el destino?

VIII.

Del árbol baja al fin sin escalera
Don Juan, ve al Rey, y sin dudar escapa,
Y por correr, cruzando la pradera,
Deja al pié del manzano gorra y capa.
Huyendo así aquel héroe, que aún no lo era,
Un resfriado de cabeza atrapa.
Es la misma cancion y el mismo cuento:

Siempre en guerra la dicha y el talento.

IX.

Corre don Juan, é infiel á su destino
De héroe futuro y noble caballero,
Se agazapa en la acequia de un molino,
Del cual quisiera ser el molinero.
Viendo huir á don Juan, el campesino
«¡Cobarde!»—le gritó; despues «¡ratero!»—
Y al Rey «¿quién eres?»—preguntó el va-
[sallo,
Lanzando aquí la interjeccion que callo.

X.

Con la altivez de un hijo de la luna
El Rey le contestó:—«¡Cárlos de Gante!»
—«Y ese niño, ¿quién es?»—«De noble
[cuna»
Le replicó ya el Rey de mal talante.
—«Pues tú responderás con tu fortuna
De ese ladron con trazas de estudiante.»
—«Bien hecho, piensa el Rey, es un mal-
[vado
El que tala la mies que no ha sembrado.»—

XI.

Cual buen patan cree el labrador artero,
Que el Rey es algun pilllo disfrazado
Que lleva en la cabeza por sombrero
Un tubo más ó ménos prolongado.
El destino es muy poco caballero,
Y aquel jayan, tan ciego como el hado,
Al más grande y más bravo de los reyes
Lo encerró en el establo de unos hueyes.

XII.

¡Ved, lector, á un mortal casi divino,
Por no ser conocido, aprisionado!
¡Oh golpes imprevistos del destino!
¿De dónde arrancará lo inesperado?
Pensó el Rey corromper al campesino,
Mas no halló en su bolsillo ni un ducado,
Y por primera vez vió el caballero
Que no hay héroes sin fuerza y sin dinero.

XIII.

—«Irás ante el alcalde de Plasencia»—
El labrador con furia le decia;
Y, segun el temblor de su conciencia,
El pobre Emperador se lo creia,
Pues sabia muy bien, por su experiencia

De Villalar, de Roma y de Pavía,
Que ante la innoble realidad del hecho
La fuerza, aunque es brutal, vence al de-
[recho.

XIV.

Y ni pudo matar á aquel pechero,
Porque el dia anterior el soberano
Pensando en poner fuego al mundo entero
Cayó un candil, y le quemó una mano.
No lo mató por eso, aunque, altanero,
«¡Villano!»—dijo, y repitió:—«¡Villano!»—
¡Justo es gran Rey que sufras, y recuerdes
El cuento de las uvas que están verdes!

XV.

¡Poder de la justicia! El Rey temia
Ser llevado al alcalde de Plasencia,
Pues siempre en su alma fué, como en la mia,
Su genio y su defecto, la prudencia.
Detenido tres horas aquel dia,
Tres ovillos gastó de su paciencia
El hombre á quien, humildes hasta entónces,
Adulaban los mármoles y bronces.

XVI.

Y ¡pobre Rey! su corazon devora
El dolor más atroz de los dolores,
Porque lo ve humillado una pastora
Que mantiene carneros con las flores.
Y, ¡oh amor, amor! su noche se hace aurora
Viendo de ella los ojos tentadores,
Pues el Rey en victorias y en mujeres
Tiene un alma glotona de placeres.

XVII.

Despues quiso el destino caprichoso
Que con hambre voraz y escasa ropa
Pasase por allí *Roque el leproso*
Que iba al convento á demandar la sopa.
Y hablando al labrador, que está furioso,
Pide perdon para el señor de Europa
Quien no tiene en verano ni en invierno
El gusto de saber lo que es pan tierno.

XVIII.

¿Librar un pordiosero á un poderoso?
He aquí, lectores mios, realizado
El cuento, para muchos fabuloso,
Del raton y el leon aprisionado.
Libró al Emperador *Roque el leproso*,

Porque aquel una vez, desde un terrado,
Un mendrugo le echó de pan moreno
De trigo malo y de peor centeno.

XIX.

Roque el leproso convenció al villano
De que una buena accion trae buena suerte;
Que la mujer, el niño y el anciano,
Son tres seres sagrados para el fuerte:
Sin saber que era el viejo un soberano,
Pintó con tal fervor su mala suerte,
Que hizo á todos llorar *Roque el leproso*:
Y es que el bien como el mal es contagioso.

XX.

Y aunque un juez necesita de un culpable,
Desarruga el labriego el entrecejo,
Y despues de llamarle—«¡miserable!»—
Olvidando al muchacho, suelta al viejo.
Humilde el Rey y el labrador afable,
De la Biblia adoptaron el consejo:
Al rico no abusar de su opulencia,
Y al pobre ser sublime en la paciencia.

XXI.

Libre ya el Rey, sólo pensó de véras,
Por padecer de gota y de otros males,
En sentarse en su silla de caderas
Que *no valdria en venta cuatro reales*.
Y no sintiendo ya las borracheras
Del licor de los sueños inmortales,
Dijo, tocando con la barba al pecho:
—«Todo cuanto hace Dios, está bien hecho.»

XXII.

Y á Yuste vuelve el Rey con paso lento,
Al extinguirse el sol en Occidente,
Y va sus penas confiando al viento
Que se queja, como él, eternamente.
Al verle dirigirse hácia el convento,
—«¡Buen viaje, Majestad!»—dice la gente.
—«¡Gracias, gracias!» Don Cárlos repetía,
Y—«¡buena está mi Majestad!»—decía.

XXIII.

En España no hay cólera durable;
Y, siendo algo español el gran Tudesco,
Ya al morir aquel día interminable
Se le templó la rábida con el fresco.
Y al fin de esta odisea memorable
Confesó con candor caballeresco:

¡Que la ley es más fuerte que la espada;
Que es todo la virtud, la gloria nada!

RAMON DE CAMPOAMOR.

LA EDAD MEDIA.

(LE VRAI ET LE FAUX MOYEN AGE.)

Primum esse historie legem, ne quid
falsi dicere audeat; deinde ne quid veri
non audeat.

CICERO, *De Orat.*, III, 15.

Es tan importante y trascendental en la historia de la humanidad el periodo de la Edad Media, que antes consiente ser tratado con saña ó con odio, que no con desprecio ó con indiferencia. Podrán maldecirlos sus enemigos, mas no suprimirlos.

Despues de haber gozado esta época, no hace todavía muchos años, de pueril y exagerada popularidad, vuelve ahora á suscitarse contra ella la misma mala voluntad del siglo pasado, siendo al presente como antes, como lo será siempre, manantial perenne, asunto eterno de opiniones y juicios y discursos tan contrarios como apasionados; porque en el fondo de todos los problemas históricos, políticos, sociales y religiosos se advierte la necesidad de estudiar y apreciar aquella gran sociedad cristiana, regida por la Iglesia y el feudalismo, y que imperó sucesivamente en todos los pueblos occidentales, desde San Gregorio Magno hasta Juana de Arco. Y acontece así, porque ahora todo católico sincero é ilustrado siente más que nunca la necesidad de conocer tan vasto conjunto de instituciones, de doctrinas y de costumbres cristianas para fallar sobre él de una manera justa, completa y definitiva. Diremos tambien que en este, como en todos los casos análogos, no debe ser parte á excluir la más severa imparcialidad, la admiracion más profunda, reflexiva y declarada que podamos experimentar. ¡Librenos Dios de tomar por modelo á nuestros contrarios, á los que abominan á la Edad Media y denuncian en ella, como el mayor de los crímenes, la preponderancia que alcanzaron entónces la fe y la verdad católicas! ¡Librenos Dios tambien de relegar al olvido ó de ocultar en la sombra los defectos y vicios de aquel tiempo para no tratar sino es de las grandezas y virtudes que brillaron en él, empleando así contra los detractores de la Edad Media el falso é innoble sistema de que han hecho uso siempre, callando sus grandezas y proclamando sólo sus miserias! Porque para ser imparcial, fuerza es ser exacto; que no mostrar de una criatura humana ó de un periodo histórico sino sus vicios, es tan falso y pernicioso sistema como el de no presentarlos sino por el de sus virtudes.

Ante todo, lo que más importa es distinguir y separar cuidadosamente la Edad Media de la época que le siguió, y es conocida bajo el nombre de Antiguo Régimen, protestando de la confusion y la amalgama que la ignorancia de una parte, y de otra la política del absolutismo, han introducido en dos periodos históricos, no sólo diferentes, sino es hostiles uno á otro. Porque creer que los catorce siglos de la historia de Francia, por ejemplo, que precedieron á la Revolución, no han sido más que el desarrollo natural, el progreso, digámoslo así, de un sólo orden de ideas y de instituciones, es precisamente creer lo contrario de cuanto demuestran los hechos y proclama la verdad; que el llamado Régimen Antiguo, merced al triunfo de la monarquía absoluta en todos los pueblos del continente europeo cerró el periodo de la Edad Media, dándola muerte, bien que en vez de hollar y escarnecer los despojos de su víctima se adornó con ellos, y que revestido de esta suerte se encontraba cuando llegó para él tambien la hora de desaparecer de la escena. Fáltanos espacio y tiempo para insistir en orden á esta verdad, que irá siendo cada día más evidente á medida que las sendas de la historia vayan desbrozándose más y más de las malezas y abrojos que han sembrado en ellas escritores superficiales ó de no nada recta intencion. Debemos, pues, separar la verdadera Edad Media, cuyo esplendor católico es tan grande, de toda relacion con la teoría y la práctica de aquel rancio despotismo, renovacion y trasunto del añejo paganismo, que todavía lucha en algunas partes con la libertad moderna; separacion tanto más necesaria cuanto mayores son y más extendidas se hallan en el vulgo esas fantasmagorías históricas, merced á las cuales, despues de haber asimilado los reyes de la Edad Media á los monarcas modernos, presentándonos á San Luis y á San Fernando como reyes á la manera de Luis XIV y de Felipe V, cuando se ha mudado de parecer se ha pretendido que veamos en Luis XIV y en Felipe V los representantes naturales y legítimos de San Luis y de San Fernando. El estudio atento de los hechos y de las instituciones demostrará al observador de buena voluntad que hay ménos diferencia aún entre el orden de cosas derribado por la Revolución Francesa y la sociedad moderna, que entre la cristiandad de la Edad Media y el Régimen Antiguo, que subyugó, corrompió y deshizo á las veces todo aquello que no pudo destruir y matar.

No es necesario retroceder mucho con la imaginacion para llegar á la época en que todas las grandes fuerzas sociales, aún aquellas mismas cuyas raices se hallaban profundamente plantadas en la Edad Media católica, y á las cuales confunde con ella por hábito el espíritu moderno, negaban toda relacion con su pasado, sin advertir que, al rechazar la inteligencia, el prestigio y la autoridad de aquel pasado quedaban despojadas de sus armas y de su corona, solas, inde-

fensas y expuestas á todas las eventualidades del porvenir. Tampoco está muy lejano el tiempo en que la realeza, extraviada por leguleyos é historiógrafos serviles, renegó de la humildad cristiana de los reyes de la Edad Media; en que la nobleza, infiel á las tradiciones de sus más remotos é ilustres antepasados, sólo buscaba en la gracia de los monarcas los timbres de su gloria; en que el mismo clero parecia sonrojarse de aquellos siglos, que calificaban de *bárbaros* sus propios escritores, y en los cuales fué, no obstante, la Iglesia tan fuerte, tan floreciente, tan libre, tan respetada, tan amada y tan obedecida: tiempos en que la ignorancia ó el desden con que se miraban los asuntos históricos habia invadido de tal modo hasta el mismo santuario, que el clero, atento sólo á sus errores y desórdenes, no vacilaba en sacrificar las glorias más puras de la religion á los odios y venganzas del mundo. Y en cuanto concierne á las luchas más heroicas de la Iglesia por espacio de dos siglos, hemos creído las calumnias de nuestros tiranos bajo su palabra, sirviéndoles de eco además; viéndose multitud de cristianos, sacerdotes y doctores católicos que, no satisfechos aún de formar en las filas del más fuerte, lucharon por el mal contra el bien, trasformando la tiranía laica en víctima inocente de la Iglesia, lo cual les valió el aplauso de Voltaire (1). Mas aún: si de algun tiempo á esta parte se advierte en los estudios históricos que obedecen á un nuevo y saludable impulso, tan favorable á la causa de la Iglesia, no es á ella á quien se debe; que antes ha presenciado que no inspirado la rehabilitacion de la Edad Media; obra que, siendo tan indispensable á la honra y á la libertad del catolicismo, comenzaron los protestantes (2), los indiferentes, y hasta los enemigos declarados de nuestra religion, y continuaron, sobre todo, personas extrañas al cle-

(1) Véanse, á propósito de la conducta seguida por individuos del clero al juzgar la Edad Media, y entre otros documentos que podrian citarse, las pastorales de los obispos de Verdun y Troyes en 1728, en las cuales se decia que era «necesario sepultar en olvido eterno las empresas de Gregorio VII»; y la *Historia Ecclesiastica* de Fleury, donde á vueltas de su gran erudicion y vasto talento, cosas ambas que puso al servicio de los enemigos de Roma, se lee, al comenzar el cuadro de los siglos trascurridos desde San Benito hasta San Bernardo: «Pasaron ya los buenos tiempos de la Iglesia.» Voltaire no pudo entonces por ménos que decir de Fleury que su *Historia de la Iglesia* era la mejor que se hubiera escrito, siendo sus discursos preliminares muy superiores aún á lo demas de la obra. Verdad es que nadie ha aventajado aún á Fleury como historiador de la Iglesia; mas tambien lo es que no comprendió nunca la constitucion moral y social de los pueblos cristianos en la Edad Media.

Inspirado, tal vez por Fleury (y conviene esta cita, porque es curiosa), un sacerdote católico inglés, llamado Berington, y autor de una *Historia literaria de la Edad Media*, reimpressa en 1846, trata las Cruzadas de *extravagancias contagiosas*, y declara que el único resultado útil producido por ellas ha sido la importacion en Occidente de los cuentos orientales, en que la imaginacion de los trovadores ha podido hallar nuevas, abundantes y ricas inspiraciones.

(2) En Francia, Mr. Guizot; en Alemania, Juan de Müller, Voigt, Leo, Hurter y los dos Menzel.

ro (1). ¡Quién sabe si entraba en los secretos y benéficos designios de la verdad suprema que los profanos, los extraños á la verdadera fe fueran los primeros y más afanosos en admirar y estudiar aquellos siglos tan llenos de grandeza y de gloria, y tan profundamente católicos!

Posible es tambien que la ausencia y el silencio del clero al despuntar de esta aurora de verdad histórica, tan imprevista como brillante, hayan contribuido á darle el carácter que reviste, y que atenúa su esplendidez á los ojos de más de un cristiano piadoso. Porque, al conceder á los poetas, novelistas, pintores, escultores y anticuarios el derecho exclusivo de cultivar en beneficio de objetos poco elevados los tesoros inapreciables de una época en la cual la Iglesia lo inspiró y dominó todo, los católicos habrán, tal vez, considerado el estudio de la Edad Media como una especie de moda, exagerada y efímera, que consiste en buscar y coleccionar con afán, verdaderamente pueril, candelabros, reclinatorios, estatuas y vidrios pintados, y en copiar actitudes, trajes y estilos de una época cuyos caracteres fundamentales son desconocidos, y cuya fe, sobre todo, se guardan de poner en práctica sus apasionados. ¡Cuán pocos de entre nosotros se han acercado á la Edad Media con el solícito y profundo respeto con que deberíamos acercarnos al sepulcro de nuestros abuelos, á los monumentos de su gloria, á la cuna de nuestra vida espiritual y moral! ¡Cuánto más valia dejar dormir ese pasado en el olvido y el desprecio, de que el paganismo lo habia cubierto, que no hacerlo resucitar para convertirlo en adorno y lujo de los museos!

Sin embargo, el impulso está dado, y la obra de rehabilitación prosigue y se completa, haciéndose cada día más popular, extenso y profundo el estudio de la Edad Media. Los primeros que entre los católicos pusieron mano en ella hace veinticinco años, tienen verdadera ocasion de felicitarse. Era entónces necesario mucho valor para arrostrar la preocupacion universal y en apariencia invencible de los contrarios; era necesario tambien ruda perseverancia para sobreponerse á los desprecios de la muchedumbre ignorante y rutinaria, y además cierta perspicacia para presentir que los vicatos cambiarían y que á su soplo se haria la luz de la verdad. Manos enemigas han contribuido asimismo á esta victoria; ilustres adversarios del catolicismo han venido unos en pos de otros á popularizar personajes, razas y épocas que el último siglo habia condenado al olvido; y penetrando en las catacumbas de la historia despues de hacer en ellas profundas ex-

cavaciones y de poner expeditas y llanas galerías que se habian cegado con el polvo de los siglos, y de trazar y abrir otras nuevas que han conducido al descubrimiento de riquísimos tesoros, han traído al salir preciosos materiales para continuar la obra de reconstrucción. Tal vez creyeron sellar con ellos para siempre la tumba de su victima; pero Dios ha permitido que sirvan para restaurar el santuario de la verdad histórica.

Gracias á ellos principalmente sabemos á qué atenernos en órden á la *barbarie de la Edad Media* y á la *anarquía feudal*, así como acerca de la mayor parte de las invectivas lanzadas contra la sociedad cristiana por acusadores que habian olvidado ó desconocido de propósito sus primeras y más rudimentales nociones. Sobre todo, entre los católicos ha sido completa la revolucion, porque apenas si hay entre ellos ya bastantes contradictores para darse cuenta del triunfo y apreciarlo en toda su importancia; y al volver al fin por su honra, han reconquistado al propio tiempo y ensanchado las lindes de su patrimonio histórico. Mas, contra el embate de las preocupaciones vulgares, contra la mala voluntad y la ignorancia ¡cuántos esfuerzos y luchas son necesarias aún! Porque si bien muchos escritores laboriosos, así eclesiásticos como seglares, continúan activamente la obra, debemos guardarnos bien de creerla terminada: la insurrección, por decirlo así, legítima é imprescriptible de la verdad contra el error, no es fácil empresa, y el triunfo definitivo se hará esperar todavía, porque se hace necesario para conseguirlo que una ciencia de buena ley venga en nuestro auxilio y provea nuestro arsenal de argumentos y demostraciones irrefutables, que no sólo contribuyan á darnos la victoria sobre nuestros enemigos, sino es á conservar indefinidamente en nuestra posesion el terreno conquistado.

Mas, cuando aún quedaba tanto por hacer para lograr el fin apetecido, ya se ven de nuevo comprometidas las ventajas alcanzadas por efecto de la movilidad de los caracteres, movilidad perjudicial siempre y en todas partes; pero que en Francia, donde constituye parte esencialísima de la fisonomía nacional, á las veces adquiere proporciones extraordinarias y alcanza hasta la esfera religiosa. De esta suerte se ha pasado de un extremo á otro, de un polo del error al polo opuesto, de la indiferencia fundada en la ignorancia á la más ciega, estulta y exclusiva admiración, confeccionando una Edad Media fantástica, en la cual se ha establecido el punto de partida de las teorías más aventureras y de las pasiones más retrógradas que han producido las convulsiones y las palinodias de los últimos tiempos. A su vez, la escuela literaria que proscribió de la enseñanza escolar los clásicos de la antigüedad, ha ido á engrosar las filas de la escuela política que pretende tener en la fuerza la mejor aliada de la fe, colocando bajo de una protección tan

(1) El libro más á propósito para dar á conocer la Edad Media y hacerla simpática es obra de un seglar, y se titula: *Mores catholici*, ó los *Siglos de fe*, por Kenelm Digby, Londres, 1834-43, 10 vol. Completan la obra de Mr. Digby, defectuosa en algunas partes, las profundas y sabias reflexiones del excelente publicista americano Brownson, insertas en su *Revista trimestral*. Boston, Julio de 1849.

humillante religion y sociedad, y complaciéndose en afigir con las más absurdas é insoportables pretensiones la conciencia y la dignidad humana, y no teniendo para nada en cuenta la realidad de los hechos, ni los más fidedignos testimonios de lo pasado, ambas se han propuesto hallar en los recuerdos de la Edad Media, bien que desfigurándolos, armas contra los fueros de la razon y el porvenir de la libertad; haciendo ambos tambien al espíritu cristiano de nuestros antepasados la injuria de presentarlo como tipo del estado intelectual y social que sueñan y predicán al mundo moderno.

Entónces, por una reaccion natural, las rancias preocupaciones de los declamadores contra los siglos de fe volvieron á gozar vida y favor entre las gentes, encendiéndose de nuevo la mal extinguida y peor encubierta animosidad de aquellos que, ántes por respeto á la moda que por conviccion arraigada, se habian sometido á una manera de neutralidad. Y á la indignacion que excitaba entre muchos la flamante actividad de los ilotas, á quienes se creia resignados y habituados á renegar de su gloria y de su antigua libertad, se ha unido la natural inquietud de cuantos profesan amor á las conquistas y progresos legítimos del espíritu moderno; porque mezclando y confundiendo la apología de la Edad Media con la apoteosis de la servidumbre contemporánea, han reanimado, reforzado, y en apariencia justificado el horror que infunde á los ignorantes la pasada historia del catolicismo. De aquí que la causa que parecia ganada haya vuelto á ponerse á discusion, y lleve trazas de permanecer en tal estado por mucho tiempo, toda vez que los odios y las pasiones han logrado encontrar pretexto para erigirse en auxiliares y defensores de la libertad vendida, de la conciencia amenazada y de la razon ofendida y alarmada con justa causa (1). De aquí tambien, que el obrero laborioso y concienzudo de tan noble y grande y santa causa, tenga con harta frecuencia que hacer alto y dar de mano á su tarea, viendo con tristeza y desaliento que el volcan, en apariencia extinguido, abre cráteres nuevos para lanzar por ellos, como ántes, calumnias y ultrajes contra la justicia y la verdad, y con más tristeza y desaliento aún cuando vé á esta verdad condenada á indignas alianzas con la bajeza y el miedo por ignorantes y temerarios apologistas, que han hecho impropio su trabajo y punto ménos que imposible, si ha de defender y vengar la verdad sin prestarse á ser cómplice de ninguna persecucion ni de ninguna complacencia.

Tiene la Edad Media el triste privilegio de hallarse

como entre dos fuegos, colocada entre dos campos enemigos. Ódianla unos por creerla contraria á toda libertad; elogiánla otros porque en ella buscan argumentos y ejemplos ocasionados á justificar la servidumbre y la posturacion universal que preconizan; ambos sólo están de acuerdo y conformes para desfigurarla y escarnecerla con sus alabanzas ó con sus invectivas; pero entrambos se engañan y dan muestra de no conocer la Edad Media; que si fué una época de fe, lo fué asimismo de lucha, de discusion amplísima, de dignidad, y sobre todo de libertad.

El error comun á los encomiadores como á los detractores de la Edad Media, estriba en que no ven en ella sino el predominio absoluto de la teocracia. Fué, ha dicho Donoso Cortés (1), una época eternamente famosa por la manifestacion de la impotencia humana y por la gloriosa dictadura que ejerció la iglesia.

Negamos la dictadura, y más aún la impotencia humana, porque nunca fué la humanidad más fecunda, viril y poderosa, ni tampoco vió nunca la iglesia más combatida en práctica su autoridad que entónces por los que en teoria la reconocian y acataban más dócilmente. Lo que á la sazón predominaba con imperio absoluto era la unidad de la fe, del propio modo que al presente predomina en las naciones la unidad de la ley civil y de la constitucion, sin que de ahí se siga que en Inglaterra y los Estados-Unidos, donde esa unidad civil y social es completa y absoluta, enerve la energía, sofoque la vitalidad y coarte la independencia individual y colectiva. Del propio modo, la unidad católica de la Edad Media dejaba vivir desahogada y libremente la política y la inteligencia; que la uniformidad de un culto universalmente popular, la sincera y tierna efusion de los corazones y de las almas á las verdades reveladas y á las enseñanzas de la iglesia no excluian las preocupaciones, ni tampoco las discusiones acerca de los asuntos más áridos y de mayor empeño que pudieran suscitarse en la esfera de la filosofía y de la moral. Ni el principio de autoridad implicaba tampoco ningun rompimiento con el genio libre de la antigüedad, tan fiel y cuidadosamente cultivado en los claustros benedictinos, ni con el desarrollo natural y progresivo del humano espíritu. No es necesario recordar el inmenso vuelo que tomó por aquel tiempo la escolástica, esa gimnasia á la vez ruda y sutil de la inteligencia, que á pesar de sus defectos, es tan propia para dar agilidad y fuerza al razonamiento, ni enumerar tampoco aquellas grandes, pobladas y poderosas universidades, tan llenas de vida y de libertad, y á las veces tan rebeldes, en las cuales maestros, cuya independencia era sólo comparable á la de sus ardientes y bulliciosos discípulos, abordaban cada dia cuestiones tan graves en la cátedra, que pondrian miedo á la meticulosa ortodoxia

(1) «Esa abominable Edad Media, vergüenza de la civilizacion y deshonra del humano espíritu.» *Journal des Débats*, 27 Noviembre, 1854. Del propio modo y en términos, si es posible más energicos, calificaron á esta época *La Revue de l'instruction publique* del 11 de Diciembre de 1856, y *La Revue chrétienne* del 15 de Noviembre de 1859.

(1) *Réponse à Mr. Albert de Broglie.*

de nuestros días; ni es necesario, en fin, traer á la memoria la libertad, la licencia misma de aquellos satíricos que en la poesía popular y caballeresca, en las canciones y los romances, y hasta en los productos del arte consagrados al culto, llevaban al exceso el derecho de la crítica y de la pública discusión, para comprender la viril fecundidad y la libertad inmensa de aquel tiempo (1).

Entonces agitaba los espíritus ánsia viva de saber; y el heroico y perseverante ardor que llevaba á los Marco Polo y á los Plancarpin hasta los confines del mundo conocido, venciendo distancias y peligros de que nuestros contemporáneos no tienen idea, animaba á viajeros no ménos intrépidos de las regiones del pensamiento; y si el espíritu humano se ejercitaba con Gerbert y Scot Erigénos en problemas los más intrincados y difíles, no retrocedía con los más ortodoxos, como San Anselmo y Santo Tomás de Aquino, por ninguna dificultad psicológica ni metafísica, llegando en algunos hasta el extremo de extraviarse en las tésis más audaces y hostiles al espíritu del Evangelio y de la Iglesia; pero en ninguno, y esto puede afirmarse sin temor de que se desmienta, se resignaba á la abdicación del pensamiento ni al sueño de la razón.

Bien quisiéramos que hoy día, cuando disfrutamos de los beneficios incalculables de la imprenta, y de tantos otros progresos grandes, extraordinarios, si se quiere, pero insuficientes para la educación popular, á pesar de la vulgarización aparente de las ciencias y de las artes, pudiera demostrarse que existan y se mantengan en tan perfecto equilibrio como entonces las preocupaciones materiales y la vida moral del mundo; siendo también de desear que ahora el elemento espiritual de la naturaleza humana, el culto de las ideas, el entusiasmo moral, todo, en fin, cuanto constituye la vida noble del pensamiento, estuviera tan bien representado, tan ámpliamente desarrollado y con el poder y la riqueza y la exhuberancia de aquellos tiempos. Bien quisiéramos que así fuera; mas fuerza es reconocer, todo bien atendido, que nunca se ha cultivado con más ardor que en la Edad Media el dominio del alma y de la inteligencia, ni enriqueciéndose de frutos más espléndidos.

Es cierto que la religión lo dominaba todo; pero lo es también que no coartaba nada. No vivía la Iglesia oscurificada, aislada de la sociedad, emparedada en el recinto de sus templos, ó en el fondo de la conciencia individual, sino que, por el contrario, participaba de la existencia de los demás, que solicitaban su auxilio

para que lo animase, lo ilustrase, lo penetrase todo del espíritu de vida que rebotaba en ella; y luego de haber asentado los cimientos del edificio sobre base inquebrantable, se alzaba su mano maternal para coronarlo con una diadema de luz y de belleza. Nadie se hallaba tan encumbrado que no la obedeciese, ni tan caído y tan bajo que no fuera objeto de sus consuelos y de su amparo; y desde el solitario anacoreta al rey, todos experimentaban en determinados momentos el influjo de sus puras y generosas inspiraciones. El recuerdo de la Redención, de la deuda contraída con Dios por el hombre rescatado en el Calvario, se mezclaba y confundía en todo, reflejándose en el hogar, en las relaciones sociales, en todas las leyes, en todos los monumentos, y, en casos dados, en todas las almas; que el triunfo de la caridad sobre el egoísmo, de la humildad sobre el orgullo, del espíritu sobre la materia, de cuanto hay de elevado en nuestra naturaleza, sobre cuanto tiene de innoble y de impuro, fué tan frecuente como lo permite la flaqueza humana; y si bien es cierto que nunca ha sido completa esta victoria en el mundo, no lo es ménos que jamás ha estado tan cerca de alcanzarse como entonces, porque en ninguna época de la historia, después del famoso reto lanzado al mal triunfante en la tierra por el establecimiento del cristianismo, se halló, merced á la bienhechora influencia de la Iglesia, tan quebrantado cual lo estuvo en la Edad Media el imperio del espíritu satánico.

¿Deberá inferirse de esto que la Edad Media constituya una manera de bello ideal de la sociedad cristiana? ¿Puede considerarse ese período histórico como el estado normal del mundo? No, ciertamente: en primer lugar porque no ha existido, ni existirá jamás en la tierra un estado que pueda llamarse normal, ni época ninguna que merezca fama de intachable; y, en segundo lugar, porque si este ideal pudiera realizarse aquí, no sería durante la Edad Media cuando se alcanzó; que á esa época le basta el haber merecido en la historia el nombre de *Siglos de Fe*, en memoria de que entonces alcanzó la fe más prestigio, más poder, mayor soberanía, y de que ensanchó los límites de su imperio más que en otra alguna; bástale con esto, que ya es mucho, y cuanto ha menester la verdad. Por lo que hace á la virtud y al bienestar, cosas son que no llegaron en aquella sazón en todos al mismo nivel de la fe; y si nos aventurásemos á sostener lo contrario, mil testimonios irrecusables se levantarían para protestar contra una aserción tan temeraria, y traer á la memoria los triunfos harto frecuentes de la violencia, de la iniquidad, del engaño y de la depravación más refinada para demostrar que el elemento humano, diabólico, si se quiere, había tomado harto ascendiente en el mundo. Al lado del cielo estaba siempre el infierno, y al de aquellos prodigios de santidad, que no han vuelto á parecer en los horizontes de la reli-

(1) Púedese ver á este fin el curioso libro de Mr. Lenient: *la Sátira en Francia en la Edad Media*; París, 1839; además, la *Historia de la fábula epistólica* de Mr. E. du Méril, que sirve de introducción á sus *Poesías inéditas de la Edad Media*; París, 1854; y finalmente, los últimos tomos de la *Historia literaria de Francia*, continuada por la Academia de Inscripciones.

gion, velanse malvados en muy poco inferiores á aquellos monarcas romanos que Bossuet calificó de *mónstruos de la humanidad*.

La Iglesia, que sufre siempre y adolece hasta cierto punto de la influencia del estado social en que vive, conoció entónces abusos y escándalos, cuya sola idea pondría miedo ahora, así á sus hijos como á sus amigos; excesos que provienen, tanto de la corrupcion inseparable del ejercicio de un gran poder y de la posesion de inmensas riquezas, cuanto, y esto es lo más frecuente, del desarrollo que adquirió en ella el dominio temporal. De aquí que hasta ministros del santuario se alzarán á veces con éxito, movidos de codicia y de concupiscencia, contra el yugo del Evangelio, y que hasta los órganos de la ley promulgada para reprimirlos se vieran devorados del mismo espíritu. Y esto, no sólo se puede, sino que se debe decir sin temor, porque en aquella lucha, verdaderamente terrible, el mal fué casi siempre vencido por el bien; porque los excesos y desórdenes fueron reducidos con maravillas de abnegacion, de caridad y de penitencia; porque al lado de la culpa se halló siempre la expiacion; de la miseria, el asilo; de la iniquidad, la resistencia; y porque, así en las celdas de los monasterios, como en las concavidades de las peñas; así bajo la tiara y la mitra, como bajo el casco y la cota de malla, millares de almas combatian con perseverancia y con gloria las batallas del Señor, fortificando á los débiles con su ejemplo, reanimando el entusiasmo de aquellos que no sabian ó no querian imitarlos, y cubriendo despues y como velando á los ojos de la historia con la grandeza incomparable de su austeridad, de sus profusiones caritativas, de su invencible amor de Dios, de sus virtudes, en fin, los desórdenes y vicios de la muchedumbre.

Mas no debemos dejarnos deslumbrar por el esplendor de estas virtudes al punto de no ver el fondo de las cosas. Entónces habia más santos, más monjes, y, sobre todo, mayor número de fieles que en nuestros tiempos; pero ménos sacerdotes en la verdadera acepcion de la palabra; porque el clero de la Edad Media era ménos ejemplar que el nuestro, el episcopado ménos respetable, y la autoridad espiritual de la Santa Sede mucho ménos soberana que lo es hoy. Esto que decimos sorprenderá, tal vez, la ignorante admiracion de algunos, y, sin embargo, fácil es demostrar que si el poder del romano pontífice cuenta en nuestros dias con ménos súbditos que en aquella sazón, los que le permanecen fieles son infinitamente más dóciles, pudiendo afirmarse que si ha perdido en extension su dominio, ha ganado con creces en intensidad.

Además, usurpado por unos el poder de la Iglesia, disputado por otros, y contrapesado por una multitud de poderes rivales ó vasallos, no logró nunca ser absoluto, ni hallarse fuera de discusion, sino que, por el

contrario, vió constantemente violadas sus leyes, alterada su disciplina y desconocidos sus derechos, no sólo en el orden temporal, sino es tambien en el espiritual, no por enemigos declarados, como acontece al presente, sino por pretensos fieles, que sabian, cuando así lo reclamaba su orgullo ó su conveniencia, arrostrar sus iras con tanta sangre fria como en casos análogos puedan tener los revolucionarios de nuestros tiempos; que la verdadera grandeza, la verdadera fuerza y el verdadero triunfo de la Iglesia en la Edad Media, no consistió en ser poderosa y rica, ni en ser amada, servida y amparada de los príncipes y reyes, sino en gozar de libertad. Y fué libre de la libertad general que disfrutaban los demas, tal como se la comprendia y practicaba entónces, y del propio modo que la poseian todas las corporaciones y todos los propietarios; y si tuvo más libertad que otra alguna fué porque constituyó la corporacion más grande, y fué el propietario más poderoso de Europa. Esta libertad, que ha constituido siempre la primera garantía de su prestigio, de su fuerza, de su firmeza, de su maternal fecundidad, la primera condicion de su vida la poseyó la Iglesia en la Edad Media más completamente que en ninguna época pasada, y despues, excepcion hecha de los pocos Estados en los cuales la libertad moderna ha podido desprenderse de molestas y perniciosas trabas, nunca ha vuelto á poseerla en el mismo grado que entónces; y como los destinos y los fueros de la Iglesia y del alma cristiana son idénticos, nunca tampoco fué más libre el alma, ni pudo con más espacio consagrarse á la práctica del bien, entregándose á Dios y sacrificándose por la humanidad. He aquí el origen de aquellas maravillas de amor, de fe, de abnegacion y de virtud que tanto cautivan el espíritu y deslumbran la inteligencia.

Pero sería imperdonable y absurdo imaginar aquella libertad como universalmente consentida, porque, bien al contrario, no prosperaba sino es en medio de las mayores tempestades y zozobras, siendo necesario disputarla á cada momento á las garras del poder secular, y al dominio de los intereses temporales; y como además se hallaba «contenida por la libertad civil, que la impedia degenerar en teocracia dominadora (1),» necesario es reconocer que la Iglesia no tuvo jamás ni en ninguna parte supremacía permanente y absoluta, y que jamás ni en ninguna parte vió á sus adversarios rendidos y encadenados á sus piés. Esta fué precisamente la causa de su larga y gloriosa influencia, de su duradero ascendiente, de su accion benéfica sobre las leyes y las almas. Resistir y luchar, y rejuvenecerse por el esfuerzo de la resistencia y la lucha, tal fué la vida de la Iglesia durante la verdadera Edad Media; y de esta suerte, retrocediendo

(1) LACORDAIRE. Comparaison des Flaviens et des Capitiens. Correspondant du 25 Juin, 1839.

á veces, no experimentando nunca derrotas decisivas, pasó aquel tiempo sin vagar, ni espacio para dormirse sobre sus laureles en el orgullo del triunfo, ni en la paz enervante de la dictadura.

Nada es, pues, más falso y pueril que la extraña pretension de algunos partidarios del renacimiento católico de presentarnos la Edad Media como un tiempo en que la Iglesia estuvo siempre protegida y triunfante; y al mundo de entónces como tierra de promision cubierta de maná, regida por reyes y varones, humildemente prosternados delante de los sacerdotes, y poblada de gente beata, dócil, silenciosa y sumisa al cayado de sus pastores, viviendo tranquila y feliz á la sombra de la doble autoridad, inviolable y temida, del altar y el trono; porque léjos de eso, nunca se manifestaron más las pasiones humanas, ni hubo mayores desórdenes, disturbios y revoluciones que entónces, bien que tampoco hubo nunca más virtudes ni más grandes y generosos esfuerzos en favor del bien; y si todo era guerras, peligros y tempestades para la Iglesia y el Estado, todo era vigoroso y fuerte, y llevaba impreso el sello de la actividad y de la lucha. De una parte estaba la fe; pero una fe sincera, candorosa, sencilla, enérgica, sin hipocresía ni altivez, sin pequeñez de miras ni servilismo, ofreciendo cada día el imponente espectáculo de la fuerza en la humildad; y de otra, instituciones civiles y militantes, que, á pesar de sus defectos, tenían todas la virtud admirable de crear hombres, no lacayos ó eunucos devotos, y que sin cesar compelian al hombre á la accion, al sacrificio y al esfuerzo continuo. Y por tal manera, así los caractéres enérgicos y enteros, como los apocados y débiles, hallaban en ellas el específico más propio para contener ó estimular. Así no se veía entónces que las gentes honradas descansaran en un amo del cuidado de defenderlas, sujetándoles de piés y manos los enemigos, ni se veía tampoco á los cristianos balando como corderillos delante del lobo, y buscando refugio entre las piernas del pastor, sino por el contrario, combatiendo siempre por los bienes más sagrados; en una palabra, como hombres revestidos de la más vigorosa personalidad, y penetrados de la más resuelta energía individual. De donde se sigue que si la Edad Media merece ser admirada, es precisamente por las razones que le valdrian la animadversion de sus panegiristas, si conocieran mejor lo que ponderan y ensalzan con tanto entusiasmo.

Por el contrario, admitimos que la Edad Media deba de parecer horrible á los ojos de aquellos á quienes agrada el orden y la disciplina; pero habrán de concedernos que las virtudes y el valor llegaron entónces al heroismo; y que si la violencia constituyó casi el estado normal de la sociedad, y la supersticion rayó á veces en lo ridículo, y la ignorancia fué general, y la iniquidad quedó impune con harta frecuencia, tampoco en ningun tiempo estuvo más vivo y profunda-

mente incarnado en el corazon el concepto de la dignidad humana, ni dominó con imperio más absoluto la primera de las fuerzas, la única verdaderamente grande, poderosa y respetable: la fuerza del alma.

En cuanto á los que reprueban el pasado católico de los pueblos occidentales bajo pretexto de que era incompatible con la libertad, puede oponérseles el testimonio unánime, no sólo de todos los monumentos de la historia, sino es además, el de todos los escritores democráticos de nuestra época, que han hecho estudio profundo de aquel pasado, y entre quienes aparece en primera línea Agustín Thierry, que tan perfectamente enumera las garantías, privilegios y derechos que hubieron de hollar los reyes antes de ponerlo todo bajo el nivel de su autoridad soberana. Aquella sociedad estaba *erizada* de libertades, porque el espíritu de resistencia y la conviccion del derecho individual, partes que constituyen siempre y en todos los pueblos su base más sólida, la poseía completamente; y estas libertades á su vez, habian establecido un sistema de contrapeso y de frenos que hacian imposible la consolidacion del despotismo, teniendo por garantía principal dos principios que la época moderna ha eliminado: la herencia y la asociacion. Mas, como quiera que aparecen á las generaciones contemporáneas bajo la forma de privilegios, esto basta para que muchos, ni las admiren, ni las comprendan siquiera.

Así como las desventuras, los errores y las manchas de la libertad moderna no son parte á entibiar el ardiente amor que infunde á las almas generosas, ni hay faltas, ni desgracias por grandes que sean que puedan divorciarlas de ella, así tambien debemos dar muestra de indulgencia en orden á las formas imperfectas ó limitadas que ha revestido en épocas anteriores. La libertad, entónces, no existia como principio abstracto, reivindicado por la humanidad entera, por todos los pueblos de la tierra, áun por aquellos que no sabrán ó no querrán hacer uso de ella jamás, sino como un hecho y un derecho para muchos hombres, para mayor número que en nuestros dias, siendo sobre todo más fácil de conquistar y de conservar para los que sabian apreciarla y deseirla.

La libertad, que sobre todo es necesaria á los individuos y á las minorías, la encontraban entónces unos y otras en las limitaciones que recíprocamente se imponian las fuerzas naturales ó tradicionales de la autoridad y de la soberanía, cualquiera que fuese; y se hallaba principalmente en la multiplicidad de aquellos Estados pequeños, de aquellas soberanías independientes, de aquellas repúblicas municipales y provinciales que han sido siempre el baluarte de la dignidad del hombre, el teatro de su más saludable actividad, en el cual los ciudadanos dotados de aptitud y esfuerzo tenían más probabilidades de dar expansion á sus legítimas ambiciones, y se encontraban ménos

doblegados y oscurecidos que bajo el yugo dominador de los grandes imperios. Además, nuestros mayores, que eran altivos por extremo, desconocían hasta la noción de ese poder sin límites del Estado, reconocido universalmente por nosotros con tanta facilidad, y ninguno de ellos habría consentido tolerar eso que se llama «los males necesarios de la monarquía ilimitada (1).» Andando los tiempos, la unidad y la independencia absoluta del poder soberano, reemplazaron en el mundo el espíritu de independencia y las garantías personales; y á fin de perseguir mejor y alcanzar más fácilmente el ideal de la igualdad, se han ido suprimiendo, unos en pos de otros, los pequeños Estados y los municipios, con lo cual se ha roto el lazo que hubiera unido lo presente á la libertad antigua; y rechazando toda solidaridad con las tradiciones de justicia, derecho y dignidad que había producido en el trascurso de los siglos; considerando el nivel como símbolo del progreso, y la identidad del yugo como garantía; diciendo de una manera expresa que más vale el despotismo de uno que no el mantenimiento de las libertades de muchos; buscando amo por no tener jefe; votando la muerte del derecho por no presenciar la resurrección del privilegio, se ha obtenido la libertad al estilo chino. Por fortuna sabemos lo que cuesta esa famosa conquista, y lo que deja en pos de sí de honra y de libertad á las naciones. *Receperunt mercedem suam, vani vanam.*

Por lo que hace á nosotros, á pesar de las experiencias y tristes desengaños alcanzados en los últimos tiempos, librenos Dios de creer que la igualdad sea incompatible con la libertad; pero es lo cierto, sin embargo, que hasta la hora presente, no ha podido descubrirse en ninguna de las grandes naciones de Europa el arte, el modo, la fórmula de hacerlas vivir y durar juntas. Razon más para que seamos indulgentes con una época, en la cual, sin preocuparse nadie de la igualdad, cosa en que ni se soñaba entonces, poseían todos de hecho y de derecho la libertad, y en la cual también se la supo armonizar en mayor ó menor escala con el principio de autoridad, del propio modo que se hallan conciliadas la variedad en la unidad, y el más profundo respeto á los derechos individuales con la fuerza y la fecundidad del espíritu de asociación. Bien es cierto que una de las más sólidas garantías de la libertad de la Edad Media consistía en el carácter viril y entero de las instituciones y de los hombres; porque todo respira en ambos nobleza, salud y vida; y la sávia, el vigor y la juventud, rebosan en ellos como en la vegetación tropical las galas de la más exhuberante naturaleza, sin privarla por eso de la gracia y el encanto que le son propios. Puras y claras corrientes se veían surgir y

desparramarse por todas partes, arrollando al pasar, las más de las veces, los grandes obstáculos que tropezaban, y llevando á grandes distancias la virtud fecundante de sus aguas: en medio de la confusión aparente de aquella sociedad se advertía la fermentación de un germen generoso y grande, merced al cual el bien se sobreponía al mal por medio de repetidos esfuerzos, y de los prolongados sacrificios de una multitud de almas sublimes, consagradas con fervor infatigable á la lucha contra la opresión, la iniquidad y la violencia, laboriosamente iniciadas en los triunfos de la fuerza moral, y heroicamente fieles á la fe en la justicia divina, tanto más necesaria de mantener viva, cuanto que las manifestaciones de esa justicia en la historia van siendo más inciertas y raras cada día.

Cierto es que en los tiempos presentes se han destruido todas las instituciones y preeminencias cuya grandeza tradicional pesaba de una manera insoponible sobre la humanidad; pero también ¿cuántos elementos de un valor inapreciable para la defensa y la felicidad de los pueblos no han desaparecido con ellas al propio tiempo? ¿Cuántas veces no han procedido los hombres en este linaje de conquistas como los insensatos que, á pretexto de exterminar las alimañas, han despoblado los bosques de sus habitantes y trastornado el orden de la naturaleza, y creyendo librarse de la voracidad de las águilas, quedar expuestos y á merced de los insectos venenosos y de los reptiles?

No es nuestro propósito, y ya lo hemos dicho antes, negar la violencia, los abusos y los crímenes de ese tan maltratado y peor conocido período histórico; así como tampoco lo es desconocer ninguna de las ventajas, de los progresos, de los beneficios verdaderos que resultan de la transformación de las costumbres y de las ideas en la sociedad moderna; que los hay muy evidentes, por fortuna en la manera de ser de las clases inferiores, en la reforma y suavidad de las costumbres, en la administración de justicia, en la seguridad general, en la abolición de tantos castigos atroces como se imponían por delitos temporales y espirituales, en la impotencia del fanatismo y de la persecución religiosa, en las guerras, que son al presente más breves y menos crueles, y en el respeto más universal que se guarda á los derechos de la humanidad; no negamos esto; pero sí abrigamos el temor de que, al propio tiempo, haya una decadencia proporcional en los caracteres, en el amor á la libertad y en el instinto del honor.

Y porque no desconocemos ni negamos las necesidades y derechos de la época actual, aceptamos sin reservas mentales el orden de cosas producido por la Revolución Francesa, y que con el nombre de democracia crece y se desarrolla más de día en día en el mundo moderno, y contemplamos satisfechos esa inestimable conquista de la igualdad ante la ley, mil

(1) Agustín Thierry. *Introduction aux monuments de l'histoire du Tiers Etat*, pág. 244, in 4.º

veces más preciosa para los vencidos que para los vencedores, cuando la perfidia y la hipocresía no la usurpan en provecho exclusivo del más fuerte. Por lo que hace á la libertad política, la hemos servido y practicado leal y noblemente, sin creerla jamás nociva en modo alguno á la verdad; y aunque los poderosos de un día nos enseñan que es incompatible con la democracia, ley de los tiempos modernos, y que ésta no puede vivir y prosperar si no es con la igualdad y la autoridad, nosotros creemos que se equivocan, y si así no fuese, deberíamos exigir de la democracia que no enervase y entorpeciera las naciones democráticas, que no las hiciera incapaces de gobernarse, de protegerse y de honrarse á sí propias, y que despues de haber abatido la cerviz de sus adversarios, no rebajara ni envileciera el corazón de sus parciales.

Pero cuando percibimos las lisonjas que tributan á la degenerada humanidad sus cortesanos, y que constituyen el carácter distintivo de la mayor parte de los publicistas modernos; cuando los vemos prosternados delante de ese ídolo en quien se deifican su vanidad y la de sus lectores, y apurar todos los recursos de un frívolo entusiasmo para mejor envolverlos en las nubes del incienso impuro que consumen, nos embarga la tristeza, contemplando el espectáculo que ofrece la debilidad, la creciente pobreza de espíritu y la degradación de cada hombre, considerado en sí mismo, en la sociedad actual. Esa torpe y servil apoteosis de la sabiduría y del poder de las masas ¿no amenaza con sofocar á un mismo tiempo la iniciativa personal y la originalidad, aniquilando y destruyendo todas las susceptibilidades del alma, juntamente con el genio de la vida pública? ¿Será, tal vez, que estemos condenados á presenciar la absorción de cuanto existe de noble y grande por el influjo corruptor que se ejerce en nombre de la fuerza y del poder de las muchedumbres? ¿No corren peligro la independencia y la libertad de perecer destruidas por la soberanía absoluta del Estado, de ese déspota que no muere nunca, y que pasea triunfante por todas partes con mano irresistible su cetro de hierro, como rasero sobre medida de polvo humano?

Y, prescindiendo ahora de la esfera política, ¿quién que observe con algun detenimiento la época presente no echará de ver al punto su pobreza intelectual y moral en medio del grandioso espectáculo que ofrecen sus conquistas y sus triunfos y sus goces materiales? ¿Quién no retrocederá entonces entristecido al considerar la desesperante monotonía y el hastío continuo que llevan trazas de constituir el carácter de la civilización futura? ¿Quién será el que no advierta que cada día van como enmoheciéndose más los resortes morales del alma á impulso de los intereses materiales? ¿Quién no se espanta viendo cómo crece y aumenta y se hace universal el predominio de la medianía en las ideas y en las obras, en los hombres y en las cosas?

¿Quién no presente para tiempos no lejanos una era de postración y envilecimiento general, tanto más incurable cuanto que tan tristes dolencias serán el resultado lógico y natural de principios é instituciones, en que doctores ignorantes y fanáticos han pretendido concentrar las leyes del progreso, según las cuales la calidad debe ser absorbida por la cantidad, y el derecho por la fuerza?

¡Postración y envilecimiento! He ahí precisamente lo que no se conocía en la Edad Media; que si adoleció de grandes vicios y de crímenes más grandes aún, numerosos y bárbaros, también tuvo altivez y energía; y así en la vida pública como en la vida privada, en el mundo como en el claustro, lo que más brilla durante su período es el vigor y la grandeza de alma, del propio modo que los grandes caracteres y las grandes individualidades; circunstancias todas que constituyen la verdadera é incontestable superioridad de aquel tiempo sobre los actuales.

¿Cuál ha sido siempre la dificultad, insuperable casi, que han encontrado en el mundo el bien y la verdad para triunfar del mal y del error? No ha consistido esta, ciertamente, en las leyes, ni en los dogmas, ni en los sacrificios que impone ó que implica la posesión de la verdad, sino es en los hombres encargados de proclamarla, de representar la virtud y proteger la justicia, los cuales, por no encontrarse á la altura de sus deberes, han olvidado su misión, extraviando en las sendas del error y del mal á las generaciones que estuvieron bajo de su tutela y custodia; que la fe y la ley no han faltado jamás á los hombres, y si los hombres siempre á las doctrinas, á las creencias y á los principios. Mas si el mundo tuviera por señores, y se le ofrecieran como ejemplo, hombres puros, fieles, enérgicos, humildes en la fe, dóciles al deber y esforzados al propio tiempo, incapaces de flaqueza, verdaderos hombres, en fin, el mundo, atento á su voz, inspirado de sus lecciones y de su conducta, se vería, si no salvado en todos los casos por ellos, contenido, al ménos, en la pendiente del mal é impulsado hácia el bien.

En cambio, la Edad Media produjo una multitud inmensa de hombres de estas condiciones, y malvados también, y criminales, que fueron tan numerosos como en otros tiempos, sólo que entónces su muchedumbre quedó equilibrada y aún excedida por la de los buenos y de los santos, de los honrados y de corazón, quienes aparecen á nuestras atónitas miradas cual si fueran las cumbres de altísimas montañas despues de nuevo diluvio, y van adquiriendo cada día más colosales proporciones, como si crecieran de una manera fantástica, á medida que las virtudes descenden y se retiran. Estúdiense esos hombres, analícense sus corazones, sus actos y sus escritos, y hágase todo por manos hostiles, si así place, que nada tememos, y se verá si es cierto, como sostiene incorregible ignoran-

cia, que el catolicismo degrada á la humanidad, y que la fe y la humildad enervan el valor y la inteligencia, ó, si por el contrario, hubo en ninguna época de la historia más energía, ni más gradeza que en aquellas almas, á quienes la vulgar preocupacion nos presenta como producto repugnante del fanatismo y de la supersticion.

«Al leer los historiadores de los tiempos aristocráticos,» dice uno de los más ilustres y discretos publicistas contemporáneos, «no parece sino que para ser el hombre árbitro de su suerte y gobernar á sus semejantes, tenga que comenzar por vencerse á sí propio. Diríase, al recorrer las historias escritas de nuestro tiempo, que el hombre nada puede sobre sí, ni en torno suyo (1).» En efecto, desde que el hombre ha perdido el freno que lo sujetaba dirigiéndolo; desde que manos imprudentes é implas proscribieron la disciplina del catolicismo, tan necesaria á la libertad, el espíritu decayó, viéndose postrado en el suelo aquello que ántes remontaba sus alas poderosas en la inmensidad. Vencerse á sí propio es el secreto de la fuerza, en verdad; vencerse primero, y despues consagrarse á un objeto, he aquí el fundamento, la esencia de la institucion monástica, del propio modo que en la vida civil y pública formaba la base de los grandes caracteres, de las sólidas instituciones y de las robustas libertades de nuestros católicos antepasados. Por eso, cuando se les considera y estudia bien, y despues se les compara los débiles temperamentos, los corazonces pusilánimes, los caracteres pequeños, las enervadas voluntades que pueblan la sociedad moderna, habria para desesperar de lo porvenir si Dios no hubiera hecho de la esperanza un deber y una virtud. Y no es el mal, ni son sus progresos más ó menos rápidos y conocidos lo que nos inquieta, sino la debilidad y la pobreza del bien, porque aún cuando ignoramos si otro tiempo ha sido aquel más doloroso, intenso y universal que ahora, es lo cierto, ó la historia falta á la verdad desde la primera página á la última, que nunca ha sido éste más tímido que hoy, principalmente en la vida pública; y así, aunque nos admira el espectáculo que ofrecen los tesoros de fe y de caridad que lleva en su seno la generacion actual, como quiera que la vida interior y privada no es bastante á los pueblos redimidos con la sangre de Jesucristo, nos contrasta la idea de que más ó menos pronto la invadan y corrompan los vicios que lleva consigo la degeneracion cívica. Tan cierto es esto, que ya vemos en la vida pública y en la esfera social que el bien parece no existir en el santuario de la conciencia sino para ser sacrificado al primer indicio de peligro ó al primer triunfo de la intriga; y que si la lucha se hace inevitable y se acepta y se combate, sólo es á condicion de alcanzar en seguida los honores del triunfo, ó

de capitular en breve. Y acontece así, porque sólo se aprecia y vale en nuestros dias el éxito, siquiera sea de un momento, y porque sólo él inspira ya á las almas, aún siendo las más honradas, involuntario respeto; que resistir y pugnar largo espacio parece sobre insensato, imposible, y por tal manera no conocemos, ni los secretos del valor, ni los santos goces del sacrificio, ni la atraccion del peligro noblemente arrostrado por una causa noble y grande. Desgracia es que la propia debilidad sea nuestro mayor enemigo, haciendo del hombre honrado no sólo el esclavo involuntario, sino el dócil servidor, instrumento y cómplice del malo, y que por esta causa, de todas las artes, la más adelantada y perfecta entre los modernos sea la de rendir las armas y doblar la cerviz al yugo, merced á lo cual el oficio de cobarde ha logrado ser el más práctico y seguro. Y como vivimos en el siglo de las complacencias, de las concesiones y de las flaquezas hácia cuanto tiene apariencia siquiera de fuerza y de poder, y el miedo es nuestro rey, á ejemplo de Ester en presencia de Asuero, pedimos siempre la gracia de rendirle pleitesia.

Y pues nuestra manera de ser presente es así, y que no alcanzamos otra en medio de los goces materiales y de la seguridad moderna, sepamos al ménos hacer justicia á los grandes caracteres de los siglos de fe; y miéntras disfrutamos tranquilamente de los bienes que aún ampara el catolicismo, de las virtudes domésticas, de la fidelidad conyugal, del sosiego del hogar, de cuanto debemos, en fin, al denuedo y al perseverante valor de las generaciones que nos han precedido, sepamos al ménos bendecir y glorificar á los bravos soldados que sucumbieron en los baluartes que todavía nos defienden, luchando para dejarnos en herencia las virtudes y las verdades que constituyen el patrimonio de los pueblos modernos.

No es gracia, sino justicia lo que pedimos, y nuestro deseo está limitado á devolver su prestigio y su aureola de santidad á los seres superiores, tan olvidados hoy, y que han sido héroes de nuestros fastos, divinos antepasados de los pueblos cristianos, patriarcas de las razas fieles, modelos inmortales de la vida del alma, y testigos y mártires de la verdad. Es, además, deber nuestro, reconocer en su vida el ideal de la humanidad cristiana; ideal que los hombres de todos los tiempos pueden seguir, y que ha logrado realizarse siempre en mayor ó menor escala, dentro de la unidad católica; porque al través de las nubes hacinadas sobre ellos, todavía nos ofrecen el más grande espectáculo y el más digno de ser imitado: el de un ejército victorioso al servicio de una buena causa; y si en la época que vivieron y lucharon hubo desórdenes, excesos, abusos y ruinas como en todas las épocas, no por eso desmerece la causa, ni el vencedor á los ojos de la posteridad.

De aquí la inutilidad de cuantos esfuerzos se hagan

(1) Tocqueville. *De la Démocratie en Amérique*, tomo III, pág. 173.

para despojar á la Edad Media de su carácter de tiempos heroicos del cristianismo; tiempos que pasaron y que no volverán, quedando por tanto iguales, así sus ciegos panegiristas que tratarán en vano de conseguirlo, como sus fanáticos detractores, que seguirán teniéndole pueril miedo; que al hombre ni es posible contenerlo siempre en la cuna, ni tampoco hacerlo volver á ella despues que ha crecido: la juventud, sus encantos y sus azares no se renuevan. Nosotros somos los descendientes de la Edad Media, no sus continuadores; y emancipados y libres de los vínculos que nos unian á lo pasado, somos los únicos responsables de lo presente y de lo porvenir, sin que por eso se entienda que nos avergonzamos de nuestra alcurnia.

No se trata, pues, por ningun concepto, de reconstruir lo que ha desaparecido para siempre, ni de salvar lo que Dios ha dejado perecer, sino de volver por los fueros de la verdad y de la justicia, y por la fama de los hombres y de los tiempos católicos, que constituyen nuestro vinculado patrimonio. Tal debe ser y no otro el objeto del renacimiento de la historia católica, empresa que prosiguen, venciendo grandes dificultades, algunos publicistas, antes estimulados que contenidos en obra tan saludable por los ataques del enemigo, aunque temerosos de que sus sinceros esfuerzos los expongan á parecer solidarios de miserias y errores pasados. Mas como saben tambien que á las veces, tras prolongadas tinieblas suele hallar la verdad salida á la luz del mundo por medios providenciales que escapan á la inteligencia y al poder humano, confían en la tarda, pero segura é inmortal justicia de lo porvenir.

Si el fin de los estudios históricos es, como ha dicho Montaigne (1), «vivir en el trato de las grandes almas de los mejores siglos», con ninguno puede lograrse mejor este objeto como con el de esa época de la Edad Media, á pesar de hallarse tan maltratado por los que han querido ocuparse de él; pero ántes parece ser la historia «el archivo de las deshonras humanas», como dijo en ocasion solemne el sacerdote más elocuente de nuestros dias (2); porque las más de las veces no pone de relieve sino los triunfos de la injusticia, y lo que aún es peor, la connivencia de la posteridad con sus autores y sus complacencias y lisonjas con el crimen triunfante. Sin embargo, no por eso deja de tener el historiador una mision noble y grande, cual es protestar contra las malas pasiones de la muchedumbre; excitar la simpatía en todos hácia las causas justas, aunque se hallen perdidas; apoyar las oposiciones legítimas, amparar las virtudes, premiar la perseverancia en el bien aunque haya sido infructuosa; llevar la luz á esos lugares lóbregos de lo

pasado en que vive prisionera como en mazmorra sombría la memoria de los vencidos combatiendo por el bien; abatir, ó al ménos socavar la base de las reputaciones usurpadas y de la popularidad innmerecida, y sobre todo, sacar de la oscuridad y presentar como ejemplo y enseñanza al hombre, al alma individual y su entereza, y sus esfuerzos, y su constancia, y su valor, declarándose así contra la tiranía que se quiere ejercer en nombre de las pretendidas leyes generales, que sólo sirven para justificar crímenes y bajezas. ¿Es posible imaginar una empresa más noble, más santa, ni más adecuada al hombre que no se sienta subyugado por el culto á esos dioses del nuevo paganismo que se llaman la fuerza y el éxito? ¿Ni dónde, tampoco, podrá cumplirla mejor que en ese campo tan ancho y dilatado de la Edad Media, y en las todavía inexploradas regiones de los siglos católicos?

Demas de esto, y prescindiendo de métodos, sistemas y polémicas, el estudio de la historia, principalmente de aquellos tiempos que son tan oscuros y que á la vez se hallan tan ligados á nuestra cuna, ejerce en el ánimo encanto indefinible, lleno de melancólica dulzura, y lo atrae, lo ilumina y lo despierta como el eco de los cantos de la juventud; y entónces le acontece como al anciano que al fin de su peregrinacion en la tierra percibe las notas de una melodía que oyó con placer en sus primeros años y que lo transportan para bien de su alma al tiempo feliz de sus esperanzas y de sus ilusiones pasadas; y si bien es cierto que no por eso recobra la fuerza, ni el vigor, ni la inocencia, tambien lo es que le hacen respirar las auras de la primavera de su vida, y que así resucita en cierto modo, y se reanima, y siente circular por las venas nuevo ardor, y si la inspiracion es fecunda y buena, al recordar lo pasado, lo que ha aprendido, sufrido y realizado en él, entreviendo el modesto lugar que ocupa y al que ha llegado tras prolongada série de afanes y de azares, continuando su raza, reanuda la interrumpida cadena de los tiempos, y comprende su existencia, y se resigna. Y al considerar aquel pasado que le abre y le muestra y le explica los horizontes de lo porvenir, se inclina con amor y respeto, y confía y espera sin confundir, no obstante, aquello que constituye su esencia, su alma, su eterna virtud, con lo que sólo fué juvenil y fragil hermosura.

EL CONDE DE MONTELEMBERT.

Traduccion de

M. JUDERIAS BÉNDER.

(Le Correspondant.)

(1) *Essais*, I, pág. 25.

(2) *Lacordaire. Panegyrique du B. Fourier.*

FENÓMENOS OBSERVADOS EN LOS SÁTELITES DE JÚPITER.

Las observaciones de los pasos de los satélites de Júpiter sobre el disco del planeta son actualmente objeto de debates importantes entre muchos astrónomos (1), y creo útil dar á conocer una observacion reciente que he hecho sobre este punto.

El 25 de Marzo último, al empezar la observacion de Júpiter á 8^h 45^m (tiempo medio de Paris), llamé mi atencion inmediatamente la presencia de una mancha redonda, absolutamente *negra* y claramente definida, situada á corta distancia de la orilla oriental del planeta y destacándose admirablemente sobre el fondo blanco de una extensa zona luminosa. Aquella noche marcaba el ecuador de Júpiter una ancha cintura de 30 grados aproximadamente y de color amarillento. Por encima de esta cintura ecuatorial se extendia la zona blanca de que acabo de hablar. A los 50 grados de latitud boreal cesaba la zona blanca para dar lugar á una banda gris que no se extendia hasta el polo Norte, evaporándose en una luz amarilla indecisa que marcaba el círculo polar. Los fenómenos de que voy á dar cuenta han pasado, de una parte, en la zona blanca, y de otra en la banda gris. Para completar la fisonomía general del planeta añadiré que, por debajo de la cintura amarillenta ecuatorial, se dibujaba claramente una banda gris muy oscura, de tinte de chocolate, sembrada de manchas y de unos 20 grados de anchura; era la más oscura y más visible de todas; por encima y contigua se veia una zona blanca fundiéndose insensiblemente en el círculo polar austral, teñido de un color azulado violeta.

En esta descripcion la imagen del planeta es recta, vista con un telescopio de 20 centímetros y con un aumento de volumen de trescientas veces. Buena atmósfera.

Por debajo de la mancha redonda negra de que acabo de hablar, y casi en contacto con ella, veíase otra segunda mancha, tambien redonda, pero no negra como la precedente, sino *gris* y un poco más pequeña, resaltando, no obstante, claramente en el mismo fondo blanco.

Observando con atencion el planeta, distinguí pronto otra tercera mancha, situada á la derecha de las dos primeras y más al Norte, hacia el meridiano central, visible, no sobre el fondo blanco, sino sobre la banda gris boreal. Estaba ménos delineada que las precedentes y se veia con dificul-

tad, siendo apenas más oscura que la banda gris sobre la cual se destacaba. Parecia algo ménos oscura que la segunda, á causa del fondo sobre el cual se dibujaba.

Ninguna otra mancha clara ú oscura habia en el disco, á causa de las irregularidades nebulosas de las bandas ecuatoriales.

Pasados algunos minutos de observacion, vi separarse las tres manchas sobre el disco, de Este á Oeste. La mancha gris núm. 2 iba arrastrada por un movimiento algo más rápido que la mancha negra núm. 1, y dejó de estar en contacto con ella, separándose insensiblemente y siguiendo una diagonal Sud-Oeste que la acercaba al ecuador. A 9^h 40^m las dos manchas se encontraban hacia el meridiano central, y la tercera se aproximaba hacia la orilla. Las tintas relativas no habian variado. Durante toda la duracion del paso, las dos primeras manchas permanecieron proyectadas sobre la zona blanca y la tercera sobre la zona gris. Sus caminos eran casi paralelos al ecuador de Júpiter.

A 10^h 19^m el espectáculo varió. La mancha gris número 3, al llegar á la orilla occidental del planeta, dejó de ser visible, y á los pocos momentos se la distinguia de nuevo, no más oscura, sino más clara.

Al mismo tiempo, una cuarta mancha, invisible hasta entónces, apareció por debajo, tambien luminosa.

A las 10^h 23^m ambos satélites, muy luminosos ya relativamente al tinte del limbo de Júpiter, se encontraban en el mismo borde del planeta, teniendo fuera de él la mitad de sus pequeños discos y la otra mitad dentro. A las 10^h 29^m el satélite inferior salió por completo, é inmediatamente despues el satélite superior se separó tambien del limbo.

A las 10^h 29^m brillaban completamente separados del borde, como dos puntos luminosos en el fondo negro del cielo, miéntras que las sombras núm. 1 y núm. 2 continuaban viajando sobre el disco. A 10^h 30^m y 20^s apareció súbitamente otro punto luminoso por el lado opuesto de Júpiter (Este). Era el primer satélite que salia de la sombra del planeta y de su disco, estando la sombra entónces casi en la direccion del rayo visual.

Veamos la interpretacion de estos hechos.

La mancha negra núm. 1 era la sombra del tercer satélite de Júpiter, pasando por delante del planeta. La mancha gris núm. 3 era este mismo tercer satélite, que parecia más pequeño que su sombra.

La mancha gris núm. 2 era la sombra del segundo satélite. Éste pasaba tambien por delante del planeta, pero quedando invisible, lo que de-

(1) Véanse los últimos números del *Monthly Notices* y del *Astronomische Nachrichten*.

muestra que su brillo era igual al de la zona blanca sobre la cual se encontraba. No era la pequeñez de su volúmen lo que impedía verle, en el caso de que fuese más oscuro que la zona blanca, porque se veía perfectamente su sombra gris. Fué visible en el momento de salir del disco, á causa de la débil intensidad luminosa del borde del planeta, relativamente á la del conjunto.

El hecho principal presentado por estas observaciones es que el tercer satélite, que parece ordinariamente blanco, como los demas, cuando pasa por delante del planeta, era oscuro, y más oscuro que la banda gris sobre la cual se destacaba; *casi tan oscuro como la sombra del segundo satélite.*

Este es precisamente el punto principal de la discusion.

En el número 1.986 del *Astronomische Nachrichten*, Mr. Stefan Alexander, de New Jersey, propone atribuir el hecho en cuestion (observado ya, aunque raramente, por muchos astrónomos) á fenómenos de absorcion y de interferencia de las vibraciones de la luz reflejada por Júpiter. Parece que se puede dar una explicacion mucho más sencilla. Suponiendo, en efecto, á los satélites de Júpiter una atmósfera variable, como la nuestra, sus discos cambiarán de brillo, segun la cantidad de nubes que ocupen esta atmósfera; cuando, durante el paso de un satélite por delante del planeta, el hemisferio de este satélite, vuelto hácia nuestro lado, esté puro, el satélite aparecerá sombrío y se destacará como una mancha oscura, cuya intensidad luminosa variará en razon inversa de la del fondo sobre el cual se verifica el paso.

Otra explicacion consiste en admitir que la variacion de intensidad de este satélite se debe á la presencia de manchas permanentes que existen en su superficie, suponiendo que tiene movimiento de rotacion en periodo más corto que el de traslacion alrededor del planeta. Esta es la teoría fundada por el padre Secchi en un exámen de los referidos planetas, independientemente de sus pasos. En la primera hipótesis el movimiento de rotacion queda lo mismo que el de traslacion.

No hablo de la variabilidad del brillo del disco de Júpiter mismo, hecho comprobado, y que, por contraste, produce una variabilidad de brillo correspondiente á los satélites proyectados sobre este disco.

Esta explicacion carece aquí de importancia, porque no es el satélite proyectado sobre la banda blanca de Júpiter el que aparece oscuro, sino al contrario, el que pasa sobre la banda gris.

Sin permitirme bajo concepto alguno decidir la cuestion, creo, sin embargo, poder añadir que la primera explicacion me parece la mejor, estando corroborada por el hecho relativo siguiente,

observado sobre la sombra vecina proyectada por el segundo satélite.

Esta sombra, contigua al principio á la del tercer satélite, era gris; aunque se destacaba sobre *el mismo fondo blanco* que la primera, la comparacion era fácil y no puede existir error alguno de apreciacion. ¿Por qué era gris miéntras que su vecina era *negra*? A primera vista pudiera buscarse la explicacion de este segundo fenómeno en la existencia de una ancha penumbra, análoga á la que se produce sobre la tierra en los eclipses totales de sol; porque estos pasos de sombras de satélites de Júpiter sobre el planeta, no son más que eclipses totales de sol para este lejano mundo; pero puede demostrarse geométricamente que sólo hay una penumbra insignificante alrededor del cono, producido por la sombra de los satélites. Es preciso, pues, rechazar esta explicacion.

¿No podria explicarse la débil intensidad de esta sombra gris, por las refracciones producidas al través de una atmósfera considerable que rodee al segundo satélite? Sabido es que en ciertos eclipses de luna, las refracciones producidas por la atmósfera terrestre son tan fuertes que la misma region central del disco lunar no está enteramente oscurecida, y permanece roja como la luna entera. Este segundo satélite es el más pequeño de los cuatro, miéntras que el tercero es el más voluminoso.

Los fenómenos observados aquella noche pueden ser motivo de otras cuestiones, tales como la superioridad del disco de la sombra del tercer satélite sobre este mismo satélite, etc.; pero mi objeto sólo es dar cuenta á la Academia de las observaciones de los dos hechos principales. La tinta sombría del tercer satélite y la débil intensidad de la sombra del segundo inspiran la hipótesis de la existencia de una atmósfera alrededor de cada uno de esos pequeños mundos.

CAMILO FLAMARION.

(Académie des Sciences.)

LA PISCICULTURA EN EUROPA.

M. Bouchon-Brandely, secretario adjunto del Colegio de Francia, ha presentado en el Ministerio de Instruccion pública una Memoria sobre el estado de la piscicultura en Francia y en el extranjero. Despues del ensayo de M. Remy en los Vosgos en 1844; despues de la comunicacion de M. Quatrefages en el Instituto; despues de los experimentos de M. Coste en el Colegio de Francia,

la piscicultura ha sido objeto de numerosos ensayos y tentativas, y no es ciertamente en España donde ménos se ha adelantado, como lo prueban los grandes criaderos de truchas y salmones que ha logrado establecer y sostener, cada vez con más éxito, el Sr. D. Federico Muntadas en su magnífica posesion del Monasterio de Piedra, en Aragon.

La fecundacion artificial bien comprendida ha llegado á ser un manantial de admirables resultados, cuyo estudio se está practicando hoy en todas partes para darle todo el desarrollo de que sea capaz.

La idea madre de la piscicultura es bien sencilla. Perdianse grandes cantidades de huevos antes del desarrollo ó en estado embrionario, y era preciso asegurar el nacimiento por medios artificiales. En principio el procedimiento es muy sencillo. Se coge una hembra, y apretándole ligeramente el vientre en la direccion natural de las escamas, del mismo modo que lo practicaba Adamson en 1872, se le recogen los huevos en una vasija. Despues de la hembra, se hace la misma operacion con el macho, y cuando el agua ha tomado el aspecto de leche, se mueven dulcemente los huevos y se agita el agua con precaucion. Al cabo de algunos minutos, los huevos están fecundados y se los coloca en aparatos de desarrollo ó en cajas, que se llevan á las orillas de los arroyos. El aparato de desarrollo combinado por M. Coste en el gran establecimiento de Huninga, consiste en una série de pilas ó artesas superpuestas en gradas y alimentadas por un chorro de agua.

La incubacion de los huevos de salmon se obtiene sin dificultad. Muchas personas se divierten hoy en sacar salmones y truchas en sus habitaciones. Un plato colocado sobre una chimenea ó sobre una mesa contiene los huevos, y teniendo cuidado de renovar el agua del plato tres ó cuatro veces al dia, la evolucion se efectúa como en un rio. Nacidos los pececillos, el agua clara les basta en un período que varia segun las especies; pero, despues de la reabsorcion de la vesicula umbilical, se hace necesario dar alimentos á los alevinos. La carne picada y la pasta, ofrecen algunos inconvenientes; conviene mucho más á las truchas y á los salmones pequeños pececillos ó larvas de insectos.

La piscicultura, inteligentemente aplicada, puede suministrar bastante pescado para alimentar el mercado de una manera desconocida hasta hoy. Los señores Detzem y Bertot, ingenieros, al ver la facilidad con que habian hecho nacer centenares de miles de peces en el canal del Ródano al Rhin, han calculado cuánto se podia obtener

en los diferentes arroyos de Francia. Estimando la poblacion actual en 25 millones de habitantes, han deducido que, si la fecundacion artificial se pusiera en práctica en todas partes, el número de peces se elevaria en cuatro años á 3.177.500.000, y daria un producto anual de 900 millones. Claro es que esta cifra es ficticia, porque no basta producir; es preciso alimentar esa gran cantidad de pescado; pero, aún teniendo en cuenta la exageracion, se ve que se puede aumentar en grandes cantidades la poblacion de los arroyos con productos considerables muy dignos de aprovecharse.

En la Gran Bretaña, el producto de las pesquerías de salmon para Escocia é Irlanda se eleva á 700.000 libras esterlinas (cerca de 70 millones de reales). Alemania, Bélgica y Suiza se han aprovechado bastante del establecimiento francés de Huninga, hoy prusiano. M. Bouchon-Brandely, ha recibido del gobierno francés el encargo de estudiar la piscicultura en Europa, y su Memoria, de la cual extractamos estos datos, servirá como punto de partida de la nueva organizacion que ha de darse en Francia á la piscicultura.

Suiza es la nacion más adelantada en sacar provecho de la nueva ciencia de la piscicultura. En Suiza, como en Francia y en España, la despoblacion de los arroyos y de los lagos se operaba rápidamente, y á pesar de la buena calidad de las aguas, se aproximaba el momento en que casi desaparecería el pescado. Hoy se pesca mucho, pero se repueblan las aguas al mismo tiempo. Los habitantes de la aldea de Vallorbe, cerca de Lausanne, vivian hace veinte años del producto de la pesca en el rio Orbe; pero á fuerza de pescar en esa corriente tan fértil en salmonídeos, llegó á faltar el pescado, y los habitantes se vieron reducidos á la miseria. Las observaciones del pescador Remy, de los Vosgos, llegaron á oídos del alcalde, y reuniendo á sus administrados, los incitó á trabajar en la piscicultura práctica. La municipalidad dedicó á ello algun dinero, y el resultado no se hizo esperar. Hoy el rio es de los más abundantes en pescados, y más de cien familias viven exclusivamente del producto de la pesca.

Con el apoyo de los gobiernos cantonales, y sobre todo, con los esfuerzos de la iniciativa individual, el éxito ha sido extraordinario en Suiza, que tiene ya muchos establecimientos de piscicultura. M. Bouchon-Brandely cita especialmente el de M. Vougu, muy conocido en Francia. El método de fecundacion adoptado por M. Vougu consiste en poner los huevos en una vasija sin agua y verter sobre ellos la esperma del macho. De seis mil huevos fecundados el año último, ni uno sólo quedó estéril.

M. Hasler, de Interlaken, es quien más ha estudiado la influencia de la naturaleza de las aguas en el desarrollo del pescado. Su establecimiento está alimentado por una fuente muy pura, y por la Lutschine, torrente formado por las neveras de Jungfrau. El sistema de alimento adoptado por M. Hasler consiste en poner los alevinos en el agua poco renovada, á fin de que se desarrollen los infusorios.

El establecimiento cantonal de Zurich, instalado en Meilen, funciona hace diez y seis años, sostenido por la administracion, con destino á repoblar el lago de Zurich. En el mes de Octubre de cada año se recogen en las fuentes del Rhin salmones destinados á la reproduccion; se les coloca cada cinco en un tonel lleno de agua, conteniendo unos 500 litros; y así son conducidos á Zurich por el ferro-carril y á Meilen por los vapores. Una vez llegados á su destino, se colocan en los estanques reservados hasta la época de la madurez. En los estanques del establecimiento se conservan además hermosas truchas de los lagos. En el salmón y la trucha practicanse cruzamientos con objeto de obtener una variedad de salmonídeos, que tienen el tamaño y las cualidades del salmón y las costumbres de la trucha.

Todos los años se echa en el lago de Zurich un millón de alevinos; sin esta precaucion no habria en él una sola trucha, á causa del aumento de las especies carnívoras, y sobre todo, de los sollos.

A siete kilómetros de Berna está situado el hermoso establecimiento de M. Mansard, á orillas del Aar. Sus cuencas están alimentadas por las aguas de una fuente que procede de las nieves del Oberland y por aguas de río más ricas en materia orgánica. El momento más difícil de la cria es después de la reabsorcion de la vesícula umbilical; durante este período, que no dura menos de cuatro ó cinco meses, los alevinos se ven con frecuencia atacados de lo que vulgarmente se llama enfermedad de las branquias; y en este período hay que tener mucho cuidado. M. Mansard, un poco antes de la reabsorcion, trasporta los salmonídeos á una cuenca espaciosa, poco profunda, pero alimentada de agua, que queda casi enteramente en seco durante siete ú ocho meses del año. Los gérmenes de infusorios han tenido tiempo para desarrollarse, y los alevinos encuentran alimento apropiado á su edad. M. Mansard cria actualmente veinte mil truchas por año, y suministra á la administracion prusiana de Huninga millones de huevos en embrion, que se remiten á diversos países de Europa.

M. de Locs, por su parte, ha sido encargado por la administracion federal de repoblar el lago de Ginebra y los arroyos de la comarca; y á su

instancia se han establecido en Lay dos viveros, en los cuales se ponen en reserva las truchas destinadas á la reproduccion. El laboratorio de fecundacion de Lay suministra todos los años gran número de alevinos.

En resumen: Suiza da excelentes ejemplos que seria bueno poner en práctica en muchas comarcas. En Italia la pesca marítima ofrece recursos inagotables y no se cuidan de la pesca fluvial; así es que M. Bouchon-Brandely no ha visto allí nada digno de referirse. En Austria, desde hace ocho años, el gobierno imperial se ha visto obligado á establecer laboratorios de fecundacion artificial que vierten anualmente millares de alevinos en los lagos y en los arroyos. El establecimiento de Salzburgo fué el primero que se creó, y hoy cubre sus gastos, criando de 10 á 15.000 truchas y enviando tres millones de huevos á los principales distritos de Austria, Suiza, Holanda y hasta Huninga. Cada provincia posee ahora su establecimiento de piscicultura, y todos se sirven de los aparatos perfeccionados del Colegio de Francia. En Salzburgo, el alimento se compone de pescados blancos y de carne de caballo; con el gasto de un florin se alimentan treinta mil truchas grandes ó pequeñas. La cuenca en que M. Bouchon-Brandely ha visto 20.000 alevinos, no tiene más que un metro 50 centímetros de largo, por 80 centímetros de ancho y 35 de profundidad.

La piscicultura goza de gran favor en Austria, donde existen dos sociedades, fundada la una en Lintz en 1870, y la otra en Ischl en 1866, el Instituto de piscicultura artificial de Salzburgo, varios clubs de piscicultores en Inspruck, Torbole, Nachod (Bohemia), y los establecimientos de los principes Schwarzenberg, baron Washington, Pammer, etc.

Baviera no se ha descuidado tampoco, y hay en Munich hermosos establecimientos de piscicultura, especialmente el de M. Küffer, notable por la sencillez de su instalacion y el poco espacio empleado. M. Bouchon-Brandely ha visto en casa de M. Küffer 200 truchas de dos años, que pesaban de 350 á 450 gramos cada una, todas reunidas en una cuba de piedra de metro y medio de largo por 75 centímetros de ancho y 60 de profundidad. En otro compartimiento de dos metros y medio de largo por uno y medio de ancho, se hallaban reunidos más de seis mil cangrejos, de los cuales los más grandes pesaban 250 gramos. En una cuba pequeña habia seis salmones que pesaban por término medio de 10 á 12 kilos, y que estaban tan estrechos que apenas podian volverse. M. Küffer escatima mucho el espacio; pero es espléndido en el alimento y no escasea la renovacion del agua.

Los experimentos del piscicultor bávaro se han circunscrito especialmente á la alimentacion del *huchen* (salmonucho), variedad de salmonídeos propia de las aguas de Baviera, que tiene las cualidades del salmon unidas á las costumbres sedentarias de la trucha, y adquiere en poco tiempo un desarrollo considerable, nutriéndose fácilmente con pescados blancos y la carne de caballo salada.

M. Bouchon-Brandely, despues de consignar los progresos de la piscicultura en los países que hemos citado, propone al Gobierno francés la creacion de cuatro grandes establecimientos, distribuidos en las cuatro cuencas principales de la Francia; establecimientos regionales que permitirían repoblar las aguas de las comarcas con especies susceptibles de aclimatacion.

Pero M. Bouchon-Brandely, cuya mision era el estudio de los progresos de la piscicultura en Europa, ha creido sin duda que *el Africa empieza en los Pirineos*, y no se ha tomado el trabajo de visitar á España. Su Memoria, por lo tanto, no contiene siquiera la mencion más indirecta de algunos de los establecimientos de piscicultura que tenemos en España, y por cierto que no ha hecho bien, porque, de seguro, en Piedra hubiera tenido ocasion de hacer observaciones de gran importancia para el desempeño de su cometido. En la bellisima y admirable comarca dependiente del antiguo monasterio de Piedra, su actual propietario el Sr. D. Juan Federico Muntadas, ha logrado crear un establecimiento de piscicultura de primer orden, que, si nuestra memoria no nos es infiel, tiene mucha más importancia científica y productora que la de los establecimientos suizos y alemanes que describe M. Bouchon-Brandely. Para subsanar en parte la omision del publicista francés, y completar el estudio de la piscicultura, acaso podamos reunir en breve los datos necesarios, y entónces publicaremos un artículo especial sobre la piscicultura en España.

B.

RICARDO WAGNER

Y LA NOVENA SINFONÍA DE BEETHOVEN.

CARTA DE CÁRLOS GOUNOD.

En el mundo musical de Lóndres ha ocurrido últimamente una polémica respecto á las modificaciones que Ricardo Wagner pretende introducir en la novena sinfonía de Beethoven.

Cárlos Gounod acaba de escribir sobre este punto la siguiente carta á Mr. Oscar Comettant.

Tavistok House, Lóndres 6 de Mayo.

Mi querido amigo:

El número correspondiente al 1.º de Mayo del periódico musical inglés *The Orchestra* contiene un artículo titulado *Rescoring Beethoven* (Beethoven reinstrumentado).

Aunque estoy de acuerdo con muchas de las reflexiones del autor de este artículo, me dispensareis haga algunas observaciones, que acaso no carezcan de interés.

No conozco la novena sinfonía con coros de Beethoven «según la ha arreglado Wagner», sino «como la escribió Beethoven», y confieso que me basta. He oído y leído mucho esta obra gigantesca, y jamás he experimentado, ni en la audicion ni en la lectura, deseo alguno de correcciones.

En principio, por muy Wagner que se sea, y aunque se llegara á ser otro Beethoven (lo cual no sucederá, como no habrá otro Dante, ni otro Miguel Angel), no admito que haya quien se arroge el derecho de corregir á los maestros. No se redibujan ni se repintan las obras de Rafael, ni de Leonardo de Vinci, porque, además de presuntuosa temeridad, seria una calumnia sustituir un toque extraño al de los grandes y potentes genios que, supongo, sabían lo que hacían y por qué lo hacían.

Pero, viniendo al caso particular de la sinfonía con coros, no veo en manera alguna en qué pueda fundarse la pretension de alterar el texto. En primer lugar, en lo que concierne á la parte puramente instrumental de la obra, es decir, en los tres primeros tiempos y el principio muy desarrollado del cuarto, Beethoven muestra un conocimiento tan profundo, maneja los recursos de la orquesta, los timbres y los relieves de los diversos instrumentos, de un modo tan prodigioso, que no comprendo que se pueda pensar un momento ni siquiera en emitir opinion acerca de ello. Para esto es preciso ser M. Wagner, que da lecciones á todo el mundo, á Beethoven como á Mozart y á Rossini. He oído la novena sinfonía dirigida por Mr. Habeneck, el ilustre fundador y director de orquesta de la sociedad de conciertos del Conservatorio de Paris. El único cambio, no del texto, ni de la instrumentacion, sino de expresion que este sabio director se permitió, es un *mezzo forte*, en lugar de un *forte*, en el gran unisono de los instrumentos de cuerda que acompañan las sextas y las terceras del paso melódico en el scherzo. Este ligero cambio tenia por objeto no sepultar, bajo la potencia de un número considerable de instrumentos de cuerda, la sonoridad de las flautas, de los clarines y de los fagotes, á quienes está confiado el dibujo melódico, bajo el cual ruge la continua energia del ritmo principal.

En cuanto á la parte vocal (solos y coros) que termina esta obra incomparable, sublime, única por su

majestad, niego absolutamente que los ejecutantes y el público hayan pronunciado contra ella decisivo é irrevocable *non possumus*. El *non possumus* es la frase de todos los primeros desalientos, y ha acogido la primera aparicion de todas las obras innovadoras. Se le ha opuesto á las sinfonías de Beethoven cuando empezaron á conocerse en Francia; se ha dicho de las obras de Meyerbeer *Roberto el Diablo*, *Los Hugonotes*, *El Profeta*, y recientemente, en Alemania mismo, de las últimas obras dramáticas de Ricardo Wagner, que artistas y coristas declararon imposibles de aprender y de cantar: se ha dicho, y muchas personas lo dicen todavía, de los últimos cuartetos de Beethoven. El tiempo acaba por allanar las dificultades, y en esto, como en otras muchas cosas, lo que ayer parecia imposible es sencillísimo hoy.

La parte vocal de la novena sinfonía es ciertamente de una ejecucion difícil, y la manera cómo están escritas las voces exige aptitud y conocimientos musicales muy superiores al de la generalidad de los cantores y coristas. Debo decir, sin embargo, que, contra los asertos de la crítica que combato, he oído en 1842 en Viena, bajo la direccion de Otto Nicolai, la sinfonía con coros, ejecutada por 1.200 músicos (unos 480 instrumentistas y 780 voces), y que esta ejecucion ha sido *admirable* bajo todos puntos de vista: conjunto, firmeza, precision en los ataques de los tiempos y en el ritmo, exactitud de entonacion perfecta y observacion del colorido hasta en las notas más agudas y en los pasajes más escabrosos. Verdad es que, en Alemania, el registro y el timbre de la voz de soprano se prestan con singular facilidad á atacar y sostener las notas elevadas, lo que en parte explica la superioridad de la ejecucion relativamente á la exactitud y á la pureza de la entonacion; pero conviene añadir que el conocimiento de la música, tan extendido en la educacion alemana por la práctica obligatoria de la lectura musical en las escuelas, no contribuye poco á la seguridad de la ejecucion.

Si se quiere demostrar, por tanto, que la parte vocal de la sinfonía con coros es perfectamente ejecutable, aunque, como decia Rossini, *esté mal dedeada para las voces*, es preciso habérselas con coristas y cantores que, no sólo tengan buenas voces, sino que además sepan leer la música; y debe confesarse que esta última condicion se cumple de un modo muy insuficiente en Inglaterra.

Sea como quiera, no toquemos á las obras de los grandes maestros, que tocar á ellas es un ejemplo de atrevimiento y de irreverencia peligroso, por cuya pendiente no habria razon para detenerse. No pongamos las manos sobre esas manos de gran raza, cuyas nobles líneas, severa estructura y majestuosa elegancia debe contemplar sin velo alguno la posteridad, y recordemos que vale más dejar á un gran maestro

sus imperfecciones, si las tiene, que imponerle las nuestras.

CÁRLOS GOUNOD.

Los músicos que piensen bien son desde luego partidarios de la causa que defiende Mr. Gounod; pero á las explicaciones que esta carta, un poco larga, contiene sobre un tema conocido, hubiéramos preferido algunas palabras de verdadera discusion. Como Mr. Gounod no conoce la sinfonía con coros, *según Wagner*, ha tenido que limitarse á generalidades.

Y lo sentimos tanto más cuanto que, á pesar de nuestra diligencia, nos ha sido imposible procurarnos á tiempo oportuno el escrito de Mr. Ricardo Wagner á que alude el artículo de *L'Orchestra* citado al principio de la carta de Mr. Gounod, y la apreciacion razonada de la mala accion cometida por el autor de *Opera y Drama*, no dejará de ser instructiva. Pero á falta del escrito original, los periódicos ingleses publican un documento que puede suplir á aquel provisionalmente.

El documento es una contestacion dada por Mister Manns, el excelente director de orquesta de Crystal Palace, á un artículo del *Monthly Musical Record*, que preconiza, con el ardor de una fe ciega y extraña á toda reflexion, las correcciones de Mr. Ricardo Wagner, previendo que en época no lejana serán «tan indispensables para la buena ejecucion de la sinfonía con coros, como la instrumentacion de Mozart para la del *Mesías* de Hændel.»

Mr. Manns reasume en estos términos las alteraciones propuestas:

- 1.º Modificaciones en la expresion, á fin de que resalte mejor el elemento melódico.
- 2.º Adiciones de corno y trompetas de pistones en la melodía del *scherzo* á los instrumentos de madera empleados por Beethoven (partitura Breitkopf, última edicion, pág. 77).
- 3.º Trasposicion á la octava superior de muchas frases de flauta y violin en el *scherzo* (pág. 91).
- 4.º Cambio del diseño melódico de los instrumentos de viento en los conocidos ocho compases del primer *allegro* en dobles corcheas con sincopados (páginas 19 á 53).
- 5.º Cambio en la parte del solo de tenor en el paso del final en *si mayor* (pág. 264).

Después de haber demostrado en pocas palabras la imposibilidad de establecer un paralelo entre la instrumentacion de Hændel, muy incompleta bajo el punto de vista moderno, y además forzosamente secundaria en una obra como el *Mesías*, y la de una sinfonía de Beethoven, sobre todo la sinfonía con coros, Mr. Manns responde en estos términos á Mr. Wagner:

- 1.º Las modificaciones de expresion no es necesario especificarlas, porque los directores de orquesta

que tienen el talento y el saber necesarios para desempeñar su cargo, comprenden demasiado bien que muchas partituras de los maestros antiguos exigen estas modificaciones, á causa del gran número de instrumentos de cuerda que es preciso emplear en los vastos salones modernos de conciertos.

2.º Rechazo en absoluto la idea de reforzar con cornos y trompetas de pistones los instrumentos de viento en madera, cuando Beethoven les confía una melodía, porque el colorido clásico de la obra tomaría un carácter vulgar, si no desaparecía por completo (1).

3.º Me repugna la trasposicion á una octava superior de la flauta y de los primeros violines en algunas de sus frases, porque no me cuido de introducir en una sinfonia de Beethoven esas sonoridades equivocadas, debidas á la falta de afinacion, que tan mal efecto hacen en las obras de muchos compositores contemporáneos, habituados á exigir demasiado de la habilidad de los ejecutantes.

4.º Los cambios propuestos de los ocho compases de instrumentos de viento son inadmisibles, y el análisis de Wagner falso. Lo que principalmente caracteriza estos ocho compases de un ritmo tan patético, es la imitacion rigurosa tonal y métrica de las cuatro primeras notas del motivo. Las alteraciones verdaderamente extraordinarias que se ha permitido Wagner, y que implican una supresion de partes, destruyen casi por completo este carácter tonal y métrico.

5.º El pensamiento de modificar la parte del solo de tenor en el paso en *si mayor* del final, debe habersele ocurrido á Wagner en algun festival alemán de hace mucho tiempo, en que los solos eran cantados por aficionados.

El paso de que se trata es, sin duda alguna, incómodo, pero tenemos numerosas pruebas de que no es incantable.

Mr. Manns habla el lenguaje de la razon y del verdadero sentimiento artístico, y opinamos completamente como él.

Nadie tendrá jamás autoridad bastante para corregir á Beethoven, sobre todo tratándose de instrumentacion sinfónica.

¿Qué calificacion merece la excesiva confianza que

en sí tenga quien se atreva á tanto, sobre todo cuando se le puede echar en cara, en este mismo asunto, un error material tan craso que puede creerse internacional?

He aqui ahora, para acabar de edificarnos y para que se sepa el fundamento con que Mr. Ricardo Wagner practica la ortopedia musical, lo que leemos en el periódico musical alemán el *Eco*, correspondiente al 14 de Mayo de 1873:

«Recibimos de Colonia y de autorizado origen la comunicacion siguiente (1):

»En el estudio que ha publicado sobre la ejecucion de la novena sinfonia de Beethoven (núm. 14 del *Musikalisches Wochenblatt*), dice Ricardo Wagner, entre otras cosas: *Ménos fácil era salir del compromiso cuando las trompetas, cuyo timbre brillante dominaba todo hasta entónces, callaban de repente, por la sencilla razon de que la frase, conservando la misma intensidad sonora, se pierde en una tonalidad en que los instrumentos no tienen empleo posible. Citaré como ejemplo el paso forte del andante de la sinfonia en do menor* (pág. 29 de la edicion Breitkopf). *En este paso los cornos, las trompetas y los timbales, que acaban de llenar toda la orquesta, durante dos compases, con su magnífica sonoridad, se callan de pronto, durante otros dos compases próximamente, para dejarse oír un compás despues y contar por fin más de un compás de silencio.* Hay en este párrafo casi tantos errores como palabras. Los cornos no permanecen callados ni un sólo instante en todo este paso, ni tienen que contar un sólo compas de silencio. Las trompetas se dejan oír con las indicadas alternativas de silencio, pero es por distinto motivo del que la tonalidad impida momentáneamente su empleo; pues hubieran podido muy bien continuar al unísono con los cornos. Generalmente Beethoven sólo les confía las notas naturales, pero no hubiera titubeado en escribir un *fa*, y así lo ha hecho en las páginas 25 y 26 de la partitura (2). Su intento ha debido ser, pues, otro y de naturaleza puramente estética. No es este momento de averiguarlo; mas para nosotros es evidente que Mr. Wagner la ha desnaturalizado para dar un punto de apoyo á sus razonamientos y justificar sus correcciones al texto de Beethoven. El revés que ha dado á la verdad puede servir de advertencia á los artistas para el grado de confianza que en adelante puedan conceder á sus citas.»

Bueno era demostrar que tambien puede ser cogido en falta el oráculo infalible.

C. B.

(*Revue et Gazette Musicale de Paris.*)

(1) Sin duda alguna de Fernando Hiller.

(2) Y sobre todo en el compás 16 antes del *piu mosso*, donde los dos *fa* de las cornetas son atacados *exabrupto* y descienden al *sol inferior*.

(1) Este es sin duda el paso á que alude M. Gounod hablando de Habeneck. Donde el fundador de la Sociedad de Conciertos, respetuoso con el pensamiento del maestro, se contentaba con variar la expresion ligeramente, Mr. Wagner añade instrumentos de metal. No es completamente exacto decir que éste es el único paso que Habeneck se permitió modificar. Suprimió además dos repeticiones del *scherzo*, que en el pasado de invierno han sido restablecidas por Mr. Deldevez. La ejecucion de la sinfonia con coros en el Conservatorio de Paris ha sido una de las cosas raras—no wagnerianas—respetadas y aplaudidas por Wagner. En su folleto *Veber das Dirigiren* (pág. 12) confiesa (y hay que creer lo dice de buena fe, porque este escrito es posterior al escándalo del *Tannhauser*) que únicamente en Paris, en 1839, vió claro en esta obra gigantesca, gracias á su interpretacion por la orquesta del Conservatorio que dirigia Habeneck.—C. B.

EL ALCOHOLISMO.

FISIOLOGÍA Y MEDICINA: Los estragos del alcohol.—Errores y preocupaciones.—Disminucion de fuerzas.—Accion especial de las esencias aromáticas.—Accidentes epilépticos.—Los trastornos de la inteligencia.—Las impresiones de un bebedor.—Ilusiones y alucinaciones.—Demencia y parálisis.

Nadie puede poner en duda los efectos desastrosos de los licores fuertes sobre el organismo, aunque no se dé cuenta exacta de los trastornos de la inteligencia y de los sentidos, que son consecuencia del uso inmoderado de las bebidas alcohólicas. Uno de los médicos más competentes en la materia, el doctor Magnan, ha dado sobre este asunto una interesante conferencia en el asilo de enajenados de Santa Ana de Paris, estudio que nos parece conveniente analizar á grandes rasgos. Los bebedores inveterados dicen que se exagera mucho el mal; y, por otra parte, hay en las masas una opinion bastante generalizada que conviene refutar. Se dice que el alcohol da fuerza. Muchas personas enfermizas, creyendo hacer más tónico el régimen que siguen, mezclan á su alimentacion el vino y los licores en altas dosis. Los licores fuertes, al contrario de lo que se supone, producen un efecto deprimente que, como es natural, está muy lejos de ser tónico. El licor es un alimento refrigerante, si se nos permite hablar así; despues de haber excitado el sistema nervioso, enfria el organismo y aniquila la fuerza, lejos de aumentarla. En ciertos casos especiales, el vino rancio puede hacer bien á los enfermos por las sales que encierra y la pequeña excitacion que determina en los centros nerviosos; pero, en tésis general, no se debe recomendar su uso prolongado á los anémicos (1). El dia ménos pensado, hasta los más robustos y vigorosos pagan caros los abusos alcohólicos á que algunas veces se entregan, quizá inconscientemente.

Compréndese que el fumador no esté todavía absolutamente convencido de que la costumbre de fumar le produce á la larga desórdenes más ó ménos graves, porque, aunque se le repite en todos los tonos, no se le da, en apoyo de esa afirmacion que le disgusta, ninguna demostracion rigurosa. Las estadísticas que se le citan pueden ser falsas; las afecciones que se le indican pueden proceder de otras causas; pero en los estragos del alcoholismo no hay duda ninguna; la fisiología expone el hecho y lo prueba. Los experimentos

no mienten nunca. Cuando se ve que se produce el mal á voluntad es preciso creer en él.

La ingestion ó absorcion digestiva del alcohol en altas dosis puede verificarse excepcional ó continuamente. En el primer caso sólo se manifiesta la embriaguez; en el segundo, como vamos á ver, se afecta gravemente el organismo entero, y el bebedor experimenta accidentes agudos, delirios alcohólicos, etc. Veamos el experimento de M. Magnan.

Si administramos 70 gramos de alcohol á un perro, le veremos muy alegre, saltar, correr, acariciar; parece muy contento; pero de repente se le presenta una especie de estupidez ó atontamiento que va en aumento, y al cual sucede en seguida un estado de sopor y sueño pesado. Pero no es esto todo: frecuentemente le sobrevienen diferentes grados de parálisis hasta la resolucion completa de todo el cuerpo.

Continuando este régimen durante quince dias se puede observar fácilmente el gran cambio que experimenta el animal. Incesantemente inquieto y triste, el menor ruido le hace estremecer; tiene miedo de todo; se oculta por los rincones; intenta morder cuando se le quiere coger, y lanza gritos agudos á la menor amenaza. Al cabo de un mes, esta impresionabilidad se encuentra más exagerada todavía; el animal experimenta grandes alucinaciones, seguidas de verdaderos delirios. Los accesos son pasajeros, pero en los intervalos el perro no recobra su alegría habitual.

La accion del agenjo es muy diferente de la del alcohol (1). Mientras que el alcohol tiene necesidad de preparar el terreno para producir alucinaciones, el agenjo provoca desde luego los trastornos alucinatorios. Si se inyectan cuatro granos de esencia de agenjo en el estómago de un perro, éste sufre ataques epilépticos seguidos de atontamientos. Sin embargo, vuelve en sí, y obedece á la voz. Despues, de repente, como ha observado M. Magnan, se levanta sobre sus patas, con el pelo erizado, los ojos inyectados y brillantes; fija sus miradas en la pared, avanza, retrocede, se adelanta de nuevo, ladra con rabia y se entrega á un combate furioso. Poco á poco se calma, mira á la pared gruñendo, y despues se tranquiliza completamente. En otro perro, una inyeccion de la misma esencia de agenjo en las venas, produce los mismos trastornos epilépticos y alucinatorios.

Lo que se produce así cuando se quiere en el perro, se observa tambien muy claramente en el

(1) Hay muchos enfermos que creen darse fuerza bebiendo en los intervalos de las comidas vino puro, agua de Melisa, elixir de larga vida, etc. Hay necesidad de advertirles que esas costumbres deplorables producen infaliblemente trastornos funcionales importantes. Ciertos vinos, ricos en hierro, pueden ser empleados útilmente como medicamentos; ejercen una accion bastante notable sobre el intestino.

(1) M. Magnan ha demostrado hace algun tiempo que el licor de agenjos obra por el agenjo mismo, y no solamente por el alcohol, como se creia hasta entónces. La esencia de agenjos produce invariablemente accidentes epilépticos.

hombre que bebe. Los primeros fenómenos que acompañan á la embriaguez es una ligera excitación, un sentimiento de bienestar, despues incoherencia de ideas, alegría ó cólera, etc. Sobrevienen las ilusiones; el oído y la vista se alteran; la sensibilidad llega algunas veces á un grado de anestesia que no pueden vencer las mutilaciones más graves. Si las ilusiones son frecuentes en la embriaguez, las alucinaciones son raras. Por esto, segun M. Magnan, Percy coloca, al lado de la embriaguez comun, un estado particular que llama *embriaguez convulsiva*, y que se caracteriza por un acceso de furor maniático. «Diez hombres,—dice Percy, describiendo este estado,—pueden apenas sujetar á un ébrio de esa clase. Sus ojos chispean, sus gestos amenazan, rechina los dientes, muerde á los que se le aproximan, imprime sus uñas en todas partes, y lanza aullidos horribles.» M. Magnan cree que este exceso maniático, que no tiene ninguna analogía con la embriaguez ordinaria, es producido por ciertos vinos adulterados y compuestos.

Si el uso del alcohol se prolonga en el hombre como en el perro, se ve que el carácter del bebedor se modifica tambien. Manifiéstase irritable, inquieto, no duerme, es juguete de ilusiones y alucinaciones repetidas y de indole de sufrimiento, que despiertan temores de todas clases, y frecuentemente terror profundo. Al principio los trastornos puramente sensoriales, se parecen á los síntomas observados en muchas otras enfermedades. Para el oído las primeras sensaciones son rumores, silbidos, cantos confusos, ruido de campanas. En el ébrio por el alcohol, el ruido de campana es un toque fúnebre, y los gritos y las voces, injurias, amenazas, gemidos. En lo que concierne á los órganos de la vision los accidentes presentan las mismas exageraciones; la vista se turba y se oscurece; los objetos parecen rodeados de una nube; ve chispas, llamas, sombras aterradoras, figuras gesticulantes que aumentan y disminuyen de volúmen y se alejan; despues incendios, muertes, batallas. Preciso es combinar las pesadillas más horribles para tener idea exacta del ébrio por alcohol.

Los sentidos del gusto y del olfato se afectan tambien. El alcohólico experimenta los olores más desagradables; olor de ratas, de materias putrefactas, gusto de carne amasada con arsénico ó vitriolo. Cree siempre que quieren envenenarle. La sensibilidad general, con sus diferentes modos de anestesia y de hiperestesia, aporta tambien su contingente de sensaciones de sufrimiento. Así es que ciertos alcohólicos sienten y ven animales que se les deslizan entre la piel y la carne, ó bien se encuentran rodeados de alambres que los

enlazan, los aprietan y los ahogan, ó ven una parte de su cuerpo roído por gusanos, hasta el punto de que intentan desprenderse de esas pesadillas. Puédese imaginar fácilmente, despues de estos detalles, cuántas angustias deben pasar los desgraciados alcohólicos; para ellos este estado indefinible es el infierno. Los auditores de la lección de M. Magnan han podido creer que oían contar sus impresiones á los mismos alcohólicos. Se puede dudar que haya sufrimientos mayores que los que experimentan los bebedores de alcohol, ageno, bitter, vermut, etc.

Despues de los momentos de delirio, los trastornos intelectuales desaparecen; el individuo empieza á darse cuenta de su estado; durante el día contesta fácilmente, habla y rie de buena gana de sí mismo, de sus visiones y de su terror; pero cuando llega la noche pierde su seguridad; empieza experimentando temores vagos, presentimientos de lo que va á sufrir durante la noche, y sobre todo en esos momentos intermedios en que no se está despierto ni dormido. La abstinencia y la calma producen la curacion en muchos de esos desgraciados; pero en otros el mal persiste durante mucho tiempo.

En los momentos de los accesos hay muchos que intentan suicidarse ó matar á sus vecinos, como resulta de la estadística de entradas en el asilo de Santa Ana. En 1870, de 1.460 enajenados que entraron, 377 eran alcohólicos, y entre ellos 28 que habian tenido tentativa de suicidio, y 9 de homicidio. Algunos se creen perseguidos y saltan por las ventanas, creyendo pasar por las puertas. Otros ven delante de sí fantasmas ú hombres armados, y cogen una silla para defenderse, y matan á sus hijos que duermen á su lado; pero esto no se puede considerar como suicidio ú homicidio.

La persistencia del delirio, despues de los accidentes agudos, se presenta en los alcohólicos de predisposición especial, pero el alcoholismo concluye por preparar el terreno por sí mismo; el organismo se infecta por completo, y los trastornos intelectuales y sensoriales pueden ir agravándose incesantemente. La nutricion se altera en todos los órganos; todos los tejidos, hasta las células mismas, viven con otra vida. El cuerpo se ve dominado de una vejez precoz, y sufre grave degeneracion. Con la esteatosis sobrevienen irritaciones crónicas. El alcohólico crónico marcha insensiblemente hácia la demencia ó hácia la parálisis general.

En suma, nunca podrá repetirse bastante que el alcohol, tomado en pequeñas dosis y habitualmente, no posee las cualidades bienhechoras que se le atribuye, y tomado en grandes dosis y de

una manera seguida, arrastra infaliblemente al hombre al estado del bruto y le conduce con seguridad á una muerte precoz.

Cuando se dice *alcohol* es preciso comprender á todos los licores fuertemente alcoholizados ó aromatzados. En el ageno, ya lo hemos dicho, no solamente obra por sí el alcohol, sino tambien la esencia de la planta ejerce una influencia energética, que conduce á la epilepsia. El vermut y el bitter pueden ejercer tambien una influencia compleja sobre los centros nerviosos, por las esencias diversas que los licores encierran; la mala calidad de los vinos blancos empleados y de las plantas que se maceran, pueden igualmente determinar accidentes especiales, como presume M. Magnan, en la embriaguez convulsiva. Segun una comunicacion reciente del doctor Decaisne, se utilizan en el vermut de inferior calidad vinos blancos torcidos y plantas averiadas. Hay, pues, que examinar aparte la accion del alcohol, y la accion, quizá no ménos nociva, de las esencias que entran en la composicion de muchos licores que están de moda. Es una cuestion de higiene general que nos permitimos recomendar á los médicos y á los químicos competentes.

ENRIQUE DE PARVILLE.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Academia de Ciencias de Paris.

22 JUNIO.

M. de Lesseps presenta un enorme bloque de sal recogido en los Lagos Amargos, donde existe un banco de 20 kilómetros de longitud, 5 de ancho y 13 metros de espesor. Este banco está construido por extratificaciones de la sal de 10 á 30 centímetros de espesor, separadas unas de otras por capas de arena. M. de Lesseps cree que la formacion de esta sal es de la época en que recorrian el istmo dos canales de navegacion, cuya existencia aseguran los autores antiguos. En aquella época el suelo del istmo era más bajo que el nivel del Mar Rojo. Habia, pues, en Suez una puerta ó exclusa para impedir la irrupcion de las aguas del Mar Rojo que estaban tres metros más altas que el istmo. Pero cuando el tercer sucesor del califa Omar quiso, cerrando el canal, privar á los árabes insurrectos de los granos de Egipto, el agua de los Lagos Amargos se evaporó, suministrando una primera capa de sal, que se cubrió poco despues por la arena del desierto. Una marea fuerte de las que ocurren alguna vez, como M. Lesseps ha tenido ocasion de ver una hace veinte años, debió llenar de nuevo los Lagos Amargos. Así se explica la formacion de ese inmenso banco que constituye, en cierta extension, el fondo del canal abierto por M. Lesseps, y que no se disuelve sino muy lentamente en las aguas mezcladas del Mediterráneo y del Mar Rojo. La llegada del agua á los Lagos Amargos ha modifi-

cado ya notablemente el clima del desierto. La evaporacion que se produce en la superficie es tal que ocasiona lluvias abundantes, haciendo cambiar el sistema de constituciones que se usaban antes.

M. de Lesseps se hace cargo despues del proyecto del capitan Rudaire acerca de la creacion de una mar interior en la cuenca de *Chotts*, y dice que está convencido de que reportaria grandes ventajas.

Conferencia sanitaria internacional.

VIENA 15 JUNIO.

Abrese este importante Congreso bajo la presidencia del baron de Gagern, y estando representadas las naciones siguientes: Francia, por el Dr. Fauvel; Alemania, por los doctores Max Pettemkofer é Hirsch; Rusia, por el Dr. Lunz; Italia, por el Dr. Luciani; Grecia, por el Sr. Orfanedes; Persia, por el Dr. Pollask; Bélgica, por el doctor Henrad; Suecia, por el Dr. Kierulf, y Noruega por el Dr. Berlin. Los representantes de Inglaterra, América, Holanda y Turquía no habian llegado todavía. De España no se tenia noticia ninguna.

El programa, que ha redactado la Comision en forma de interrogatorio, versa principalmente sobre estos dos puntos: medidas cuarentenarias que deberán tomarse, en conformidad á los progresos de la ciencia y la experiencia adquirida hasta el presente, é institucion de una comision internacional que se consagre al estudio de las epidemias (sea cual fuere el lugar en que aparezcan) mediante delegados especiales, y de comprobar, cuando una epidemia aparezca ó se extinga, su existencia real y su desaparicion.

El gasto que ocasionare esta institucion habria de repartirse entre las diferentes naciones que tomen parte en la Conferencia.

Sociedad Real de Lóndres.

LA TEMPERATURA Y LAS CORRIENTES DE LA MAR.

M. William Carpenter da á conocer el resultado de sus investigaciones sobre la temperatura y las corrientes del Océano Atlántico y del Mediterráneo; trabajo que pone en evidencia muchos hechos nuevos y rectifica opiniones erróneas todavía muy generalizadas hoy.

Las sondeaduras ejecutadas en el Atlántico han demostrado que la temperatura de la mar decrece regularmente, de la superficie al fondo, 0°84 por cada 100 brazas entre 100 y 700; 2°1 por cada 100 entre 700 y 1.000, y cantidad muy pequeña entre 1.000 brazas y el fondo. La braza corresponde á 1 metro 82 centímetros. Así, pues, se pueden dividir las aguas del Atlántico en tres capas: la superior caliente, la inferior fria y la tercera intermedia entre las dos. Las sondeaduras hechas en los mares interiores, especialmente en el Mediterráneo, dan resultados muy diferentes; desde las 100 brazas hasta el fondo, la temperatura es invariable é igual á la temperatura media de la latitud. La profundidad no desempeña el papel que podría creerse en la reparticion de la temperatura; el agua tiende simplemente á ponerse en equilibrio de temperatura con los medios que la rodean. Si en el Atlántico no sucede lo mismo, es porque existe en su gran

cuenca una causa de perturbacion considerable. La temperatura glacial de las capas inferiores no puede ser atribuida á la temperatura del suelo del Océano; es mucho más lógico suponer que si el agua es tan fria es porque procede de los polos y marcha hacia el Ecuador. No existiendo esta corriente sino en las grandes profundidades, falta naturalmente en los mares interiores, que, como el Mediterráneo, el Mar Rojo, etc., sólo están ligados con el Océano por comunicaciones superficiales.

Si hay corrientes del polo al Ecuador debe haberlas tambien para el retorno del agua en las capas superiores desde el Ecuador hacia las regiones polares. Y en efecto, el termómetro demuestra que en las temperaturas elevadas hay corrientes de agua, cuya temperatura es superior á la media de la region. M. Carpenter abandona enteramente la falsa doctrina de la uniformidad de temperatura en el fondo del mar. Encontrándose á $+4^{\circ}$ el máximo de densidad del agua, creíase en estos últimos años que el fondo ocupado por el agua más pesada debía naturalmente estar por todas partes á 4° . M. Carpenter cree mucho más exacta la antigua opinion de Humboldt, de Aubusson, de Lenz, de Pouillet, de Maury, y, como ellos, cree en una gran circulacion vertical que varia sin cesar de sitio á cada porcion de agua. Los hechos confirman en todos conceptos esta manera de ser.

Maury atribuía al calor ecuatorial la fuerza motriz que determina el movimiento de las aguas. M. Carpenter, con más exactitud, á lo que nos parece, la atribuye al frio polar. Las aguas del polo, al enfriarse, crean un medio más denso, determinan un impulso en todas las direcciones y la masa avanza de Norte á Sur. Recíprocamente la masa de agua superior acumulada en el Ecuador debe progresar, por razon inversa, del Sur al Norte. La circulacion está reducida en el Atlántico á sus términos más sencillos: ir y volver.

Más complicada es en el Mediterráneo, mar superficial separado del Océano por una cresta que se extiende desde el cabo Trafalgar al cabo Espartel. Aquí la circulacion se encuentra modificada por las mareas; y así, lejos de haber siempre una corriente de entrada y otra de salida, el sentido de una ó de otra puede ser cambiado por la marea, y tan pronto se ve una corriente superior é inferior de Oeste, como una corriente superior é inferior del Este. Dos horas y media despues de la bajamar, la corriente superior procede del Oeste como la corriente inferior; la primera con una velocidad de 0.5 millas por hora, y la segunda con una velocidad de 1.2. Dos horas despues de la pleamar, las corrientes varian y proceden del Este. El curso del agua es siempre más rápido hacia el Este que hacia el Oeste; de suerte, que en definitiva hay siempre exceso de agua introducida en comparacion del agua expulsada.

El *gulf-stream* y la circulacion horizontal del Atlántico son objetos de investigaciones especiales de M. Carpenter. El *gulf-stream* empieza en el golfo de Méjico y va hasta el banco de Terranova, donde encuentra una corriente poderosa de aguas glaciales (corriente del Labrador). ¿Qué hace despues de este encuentro?

Tres opiniones distintas se han emitido á este propósito. M. Viville Thompson sostiene, como Maury, que se dirige hacia el Nordeste para ir á dulcificar el clima de la Europa setentrional.

Por el contrario, el general Sabine primero, y despues los sabios americanos más autorizados, como Blunt, el doctor Hayes y Findlay, han creído siempre que, despues de Terranova, el *gulf-stream* pierde todos sus caracteres y desaparece disolviéndose en la superficie del mar; y en este caso la corriente Nordeste de Maury no seria más que un movimiento de las aguas superficiales comunicado al Océano por los vientos alisios. A estas dos teorías hay que añadir, en estos últimos tiempos, la del doctor Petermann. El sabio alemán, lejos de ver en la corriente Nordeste un movimiento superficial sin importancia, la considera como una de las más grandes del globo, más considerable todavía que el mismo *gulf-stream*; marcha lentamente, es verdad, pero tiene un gran espesor; penetra hasta el Spitzberg, ocupando todo el espacio comprendido entre Groelandia y Suecia, para ir á perderse, costeano Europa y Asia, en el estrecho de Behring. Pero ¿cómo se constituye esta gran corriente Nordeste? ¿Cuáles su origen? Petermann confiesa que no puede decirlo.

M. Carpenter no se conforma en realidad con ninguna de estas teorías; sin embargo, atribuye, como M. Petermann, gran importancia á la corriente Nordeste que costea la Europa occidental. He aquí en pocas palabras, cómo, fundándose en las sondeaduras, explica los hechos. El *gulf-stream* nace realmente en el golfo de Méjico; las aguas ecuatoriales que sin cesar se vierten en el golfo, elevan su nivel; además, la corriente fria del Labrador se sumerge mucho en el mar á partir del 45° de latitud próximamente; por esta doble razon se comprende que el demasiado lleno golfo de Méjico se vierta hacia la pendiente más débil, originando el *gulf-stream*. Esta corriente se desvia hacia el Este por la rotacion de la tierra y pierde toda su fuerza en Terranova; rodea las Azores y va á perderse en la corriente de retorno del litoral africano.

En cuanto á la corriente Nordeste que se ve empezar en el lado setentrional del *gulf-stream*, M. Carpenter no duda de su potencia. Va hasta Nueva Zembia donde se divide en dos brazos, uno á lo largo de la costa occidental de la isla, y el otro continúa su curso hasta el mar de Kara. Esta corriente es la que por su espesor y su temperatura dulcifica nuestro clima. Para dar cuenta de su formacion, M. Carpenter hace observar que á partir de 45° de latitud, las aguas del polo se sumergen en las aguas superficiales, y su movimiento no puede tener influencia en las aguas de superficie. Así, los vientos alisios, rechazando la mar hacia el continente americano, deben crear una desnivelacion que engendra á su vez otra gran circulacion en sentido inverso; es decir, hacia el continente europeo, circulacion que se encuentra en el Océano Pacífico como en el Océano Atlántico. Las aguas así arrojadas desde el Ecuador hasta la Europa occidental alimentan hacia el polo la corriente fria del Labrador.

En resumen: segun el sabio inglés, existe en el Océano una circulacion vertical profunda, determinada por las diferencias de temperatura, y en la superficie una circulacion causada por los vientos y que trasporta sucesivamente las aguas del Océano hacia el Este para llevarlas hacia las regiones polares del Este al Oeste y alimentar las corrientes que bajan de la Florida. Tal es el

estado de la cuestion, segun M. Carpenter. No se puede asegurar que haya encontrado el verdadero secreto de los movimientos del agua en el Océano, pero sus largas y perseverantes investigaciones dan un valor considerable á su opinion.

Academia de Ciencias de Bélgica.

LA CONGELACION DE LOS LICORES Y LOS VINOS.

M. Melsens ha hecho experimentos muy interesantes sobre el enfriamiento y la congelacion de los liquidos alcohólicos y de los vinos. El frio quema como el calor; nadie puede ponerse en la lengua una cuchara de plata enfriada á 30 ó 40 grados bajo cero; un poco de ácido carbónico solidificado y puesto en contacto con la piel la desorganiza como si fuera un hierro hecho ascua. Los extremos se tocan; el exceso de temperatura y el exceso de enfriamiento producen sobre los tegumentos del hombre la misma impresion dolorosa. M. Melsens ha descubierto que hay un liquido que constituye la excepcion de esta regla general; el alcohol puede hallarse en temperaturas muy bajas sin congelarse, y á 35 grados bajo cero no produce en la lengua ninguna sensacion desagradable; por el contrario, probando aguardiente á menos de 25 grados bajo cero se ha encontrado que tiene un gusto exquisito, tanto más exquisito cuanto más frio. Cuando se quiera hacer la prueba, claro es que hay que servirse de vasijas de madera en vez de vasos de cristal, porque el cristal en dicha temperatura desorganiza la piel de los labios. Monsieur Melsens ha solidificado coñac ó ron de 40 á 50 grados bajo cero; tomando con una cuchara algunos pedacitos de este hielo produce menos impresion de frio que cualquier clase de sorbete; y es preciso hacerle bajar á 60 grados para que empiece á parecer *frio*; rara vez hace el efecto de *muy frio*.

La temperatura más baja que ha experimentado M. Melsens ha sido de 71° bajo cero, y entonces, siendo un poco considerable la cantidad de hielo que tome, produce un efecto análogo al de una cucharada de sopa muy caliente. Para producir temperaturas tan bajas sabido es que se recurre á una mezcla de ácido carbónico solidificado y de éter. Esta pasta, puesta en contacto con la piel, la desorganiza inmediatamente. Un pedazo de hielo de ron á 70° puesto sobre el antebrazo, cauteriza ligeramente, pero sin quemar.

M. Melsens ha congelado tambien vinos fermentados. El agua, como es sabido, aumenta de volumen al solidificarse; y así el vino que contiene mucha agua aumenta tambien de volumen en las bajas temperaturas. Dos clases de vinos fermentados han dado un aumento de cerca de 60 centímetros cúbicos por cada botella; los vinos no fermentados de la *Côte d'Or* no han aumentado más que 15 centímetros cúbicos. La mitad, y aun las dos terceras partes del volumen de los vinos ordinarios que contienen de 11 á 12 por 100 de alcohol, puede congelarse; la parte que queda en estado liquido, muy sucia primero, se clarifica despues por el reposo.

Por congelacion ha conseguido M. Melsens retirar de un vino la mayor parte del agua pura que contiene, dejándole todo su alcohol y la casi totalidad de los residuos sólidos y solubles de los

vinos; y es indudable que puede utilizarse la congelacion en muchos casos; pero falta saber si sufriria la calidad de los vinos. Los ensayos que está haciendo hace tiempo M. Vergnette-Lamotte, parecen demostrar que la congelacion produce favorables resultados en los vinos crudos de Borgoña, en los del Mediodía de Francia y en los de España, Portugal y Hungria. La congelacion y la calefaccion, bien empleadas, podrian, pues, llegar á ser un gran recurso en los años malos, y la base de un comercio de exportacion más regular y más extendido.

BOLETIN DE CIENCIAS Y ARTES.

En Francia continúan con la mayor actividad los trabajos preparatorios para la creacion de un nuevo observatorio meteorológico en el pico de Mediodía de Bigorre, que forma una cumbre aislada á 2.800 metros de altura.

Los rails de los ferro-carriles han empezado á construirse de acero, y en Inglaterra encuentran gran ventaja en el cambio, con tal que se conserve el sistema Vignole, que es el de mejores resultados.

Se ha descubierto en Niza un sarcófago con un esqueleto, que tiene todos los caracteres de las tumbas galo-romanas, y se remonta probablemente á los primeros siglos del cristianismo.

Una comision de sabios ha examinado detenidamente la montaña de azufre descubierta en los Estados-Unidos, á 48 kilómetros al Sur del ferro-carril *Union Pacific*. Es el mayor depósito de azufre que se ha encontrado, con la particularidad de que sólo contiene el 15 por 100 de impurezas. Hasta ahora los mejores depósitos eran los de Sicilia, que contienen 65 por 100 de azufre y 35 por 100 de impurezas, y de allí se sacaban las grandes cantidades que se emplean en la fabricacion del ácido sulfúrico. Pero la montaña americana le aventaja en mucho, y promete ser una gran riqueza para el país.

Ha fallecido en Paris el conde Edmundo d'Alton-Shée, autor de muchas obras politicas y literarias, poniendo en práctica hasta el fin la doctrina que una vez expresó en la Cámara de los Pares cuando dijo: «Yo no soy católico ni cristiano.» Entre sus obras figuran sus *Memorias*, en que dice: «A los quince años abandoné el colegio, teniendo ya un gran desprecio hacia la autoridad y una aversion indomable hacia sus representantes.»

En la provincia de Salamanca se están haciendo los trabajos preparatorios para una exposicion agrícola regional.

El *Eucalyptus globulus*, ese árbol originario de la Australia que tanto se ha extendido en Europa, está prestando grandes servicios bajo el punto de vista de la higiene. Es evidente que sa-

lubrifica los terrenos pantanosos, hasta el punto de hacer desaparecer por completo las fiebres intermitentes en las comarcas en que se cultiva en grande escala. Este árbol crece y se desarrolla con una rapidez increíble, y puede absorber diez veces su peso en agua en veinticuatro horas; extiende en el aire emanaciones alcanforadas antisépticas, y naturalmente salubifica los terrenos miasmáticos. M. Gombert ha publicado una Memoria, de la cual resulta que los primeros ensayos hechos por los ingleses en la colonia del Cabo, han cambiado por completo las condiciones climáticas del país en dos años. En Argelia el resultado ha sido también satisfactorio. A 32 kilómetros de Argel posee M. Frotier una quinta situada á las orillas de un río, en la cual todos los colonos y dependientes padecían la fiebre palúdica. Plantó varios *eucaliptus*, y apenas llegaron éstos á dos ó tres metros de altura, la enfermedad desapareció, y no ha vuelto á presentarse. En las cercanías de Constantina, la extensa propiedad de Ben-Machyalin, de condiciones mortíferas, ha sido salubrificada por completo en cinco años por una plantación de 14.000 piés de *eucaliptus*. En Francia, á la orilla del Var, y á la entrada de un puente del ferro-carril, hay una casita, destinada al guarda-aguja, cuyo empleado vivía algunos meses, y había que reponerlo todos los años. Habían ya muerto diez ó doce guarda-agujas consecutivamente, cuando se le ocurrió á M. Villard, ingeniero del ferro-carril, plantar cuarenta *eucaliptus* en las cercanías de la casita; y desde entonces es la habitación más sana de la comarca. Podríamos citar mil ejemplos notabilísimos, pero no es necesario, porque afortunadamente empiezan ya á conocerse generalmente las propiedades de estos árboles; pero, á propósito de la publicación de la Memoria de M. Gombert, no queremos dejar pasar esta ocasión de recomendar á los particulares y al gobierno este sencillo sistema para evitar las fiebres que se padecen endémicamente en varias comarcas de España.

* *

El domingo 21 de Junio último se ha cerrado la exposición de Bellas Artes de París. El premio de honor ha sido adjudicado al pintor M. Gerome por un hermosísimo cuadro, titulado: *La eminencia gris*, que ha sido durante muchos días el objeto de las conversaciones de todo París.

La eminencia gris es un fraile que se suponía inspirador del cardenal Richelieu, primer ministro de Luis XIII.

El cuadro representa la escalera del Louvre en el momento en que baja por ella el citado fraile, llevando en las manos un libro abierto que va leyendo.

Varios cortesanos suben al mismo tiempo por la escalera, prosternándose con sombrero en mano ante *la eminencia gris*, que no hace caso de ellos.

La composición del cuadro está hecha con tal arte, que desde luego se fija la atención del espectador en la figura imponente del fraile.

* *

Los experimentos que se están haciendo en París para obtener el cable hidro-eléctrico, prosiguen con la mayor actividad á través de las numerosas dificultades que encuentran todas las teorías al ser puestas en práctica. En una extensión de cuatro kilómetros, M. Tommasi ha logrado obtener ya

diez señales por segundo. Es pues evidente, desde hoy, que la velocidad de propagación de un choque á través del agua comprimida es incomparablemente mayor que la velocidad del sonido en el agua.

* *

Los periódicos científicos de París están discutiendo en la actualidad la conducta de un profesor de la facultad de medicina, que rodeado de sus discípulos, en presencia de una enferma que tenía una inflamación cancerosa en los dos riñones, tuvo que aconsejar indirectamente á ésta que buscase en el suicidio el remedio de los atroces dolores que sufría, puesto que una enfermedad semejante, no sólo es incurable, sino casi imposible aliviar en algo. El abate Moigno, director de *Les Mondes*, encuentra lógico, dadas las convicciones materialistas del médico, que aconsejase el suicidio, pero censura que lo hiciese indirectamente, y lamentándose de que cierta *rúbrica religiosa* impidiese al enfermo librarse por el suicidio de los espantosos sufrimientos de una lesión evidentemente incurable. La frase *rúbrica religiosa*, sustituida á los dogmas de la fe y á los primeros principios de la moral natural y revelada, envuelve una triste ironía, y en este concepto censura M. Moigno al profesor, cuyo nombre, sin embargo, no revela.

* *

Se han publicado estadísticas muy curiosas de la Nueva Zelanda correspondiente al año 1872, y de ellas resulta que la población, que en 1860 era de 76.390 habitantes, había llegado en 1872 á 273.275. La exportación del oro, que en 1871 había sido de 69.688.000 francos, disminuyó en 1872 á 43.281.525 francos. La temperatura más alta, observada al aire y á la sombra, fué de 35°,9 centígrados el 24 de Enero en Christchurch, y la más baja 8°,3 centígrados el 14 y 19 de Junio en Southland.

* *

La marina inglesa acaba de adoptar, después de ensayos muy satisfactorios, un *fanal-boya* de una potencia extraordinaria y de propiedades que le hacen admirable para el servicio marítimo. La invención es de un francés, M. Holmes; el compuesto de que se sirve para producir una luz muy viva no es explosible, y no se enciende por la influencia del calor; puede ser arrojado en una hoguera inmensa; puede fundirse por completo el fanal sin alterar su composición. No hay más que un medio de encender este curioso fanal, y este medio es arrojarle al agua. El viento y la lluvia, lejos de apagarle, aumentan su llama. Con esto basta para que se comprendan las numerosas aplicaciones que se pueden dar á este *fuego-señal*. Si un marinero arrastrado por un golpe de mar cae al agua, se echa también el fanal y al punto se produce una gran llama que ilumina la superficie de las aguas en una gran extensión, facilitando así el auxilio pronto y seguro. En las grandes nieblas y cerrazones el *fanal-boya* puede alumbrar la marcha de un buque para evitar los peligros, así como puede facilitar la ejecución de las maniobras en la oscuridad. La luz es tan intensa, que colocada en el palo mayor de un buque se la ve á más de veinticuatro kilómetros.

El aparato lo constituye una caja cilíndrica de estaño de ocho centímetros de diámetro por doce

de altura. De la parte superior sale en forma de cono un pico de cobre por el cual se escapa la llama, y que está cerrado por una cápsula de metal blando. De la parte inferior sale un tubo que atraviesa toda la caja y está soldado á la base del pico. Este tubo está lleno de agujeros en el interior de la caja, y alrededor de él está colocada la materia química que alumbra. Cuando se va á usar el aparato se corta el boton de metal blando que cierra el pico y se arroja la caja al mar. El agua penetra por el tubo en la caja, moja la sustancia química, y un gran chorro luminoso sale por el pico. La luz de una de esas cajas dura dos horas, de las cuales los primeros cuarenta y cinco minutos son de un grandísimo resplandor. Ya se están haciendo aplicaciones en mayor escala, y para hacer más duradera la luz se están preparando aparatos susceptibles de renovar la sustancia química por medio de una bomba.

La sustancia de que se sirve M. Holmes está al alcance de todo el mundo, y es bien conocida de los químicos. Para obtenerla basta calentar al calor blanco, en un crisol, un poco de fósforo con creta común ó tiza en pedazos pequeños. El fósforo se volatiliza, y absorbido por la tiza forma el fósforo de calcio, que goza de la propiedad de descomponer el agua, y forma el bifosfito de calcio y el hidrógeno fosforado espontáneamente inflamable.

* *

Sucede frecuentemente en mecánica que hay necesidad de medir la velocidad de rotacion de un árbol de trasmision ó de una rueda, y para conseguirlo, M. Dobbear, inspirándose en un método bastante aplicado en Francia por M. Lissajoux y Marey, acaba de imaginar un procedimiento muy conocido. Rodea el árbol ó rueda de que quiere medir la velocidad con un faja de papel previamente ennegrecida con humo; sobre esta faja se apoya ligeramente una punta ajustada á uno de los brazos de un diapason, cuyo número de vibraciones por segundo sea conocido. El diapason se coloca perpendicularmente al árbol; la punta movida por las vibraciones va y viene, y señala sobre el negro de humo, mientras el árbol da vueltas, una línea ondulada. Despues de varias revoluciones del árbol, de la longitud total de la línea sinuosa se deducirá el número de vueltas que ha efectuado el árbol; y del número de ondulaciones marcadas en el papel se deducirá el número de vibraciones efectuadas durante el mismo tiempo por el diapason. Sabido, pues, el número de vibraciones por segundo de que es susceptible el instrumento, se conoce en seguida la velocidad de trasmision del árbol. Este procedimiento tan sencillo es susceptible de muchas aplicaciones.

* *

Una carta del director de los planteles del Jardin de Plantas de Paris indica algunos hechos de hibridacion muy curiosos, que debemos dar á conocer. Segun esta carta, dos sabios horticultores ingleses MM. Tomas y Francisco Rivers han obtenido resultados de la fecundacion del ciruelo por el albérrchigo. «La carne de la fruta hibrida que resulta, dice la carta, es muy parecida á la del albérrchigo, y la piel muy lisa como la de la ciruela. He intentado conseguir hibridos de al-

bérchigo y albaricoque; no he podido conseguirlo en los seis años que tienen las plantas; pero creo que lo obtendré el año próximo, pues ya las ramas empiezan á parecerse.» Despues de estos experimentos se pueden esperar grandes resultados de la fecundacion de los árboles frutales.

* *

Dos expediciones científicas se están organizando en Arkhángel para el verano próximo, una para la Laponia rusa, encargada de explorar las huellas de los antiguos ventisqueros, y la otra para el litoral de la Mar Blanca, que tendrá por objeto hacer exploraciones zoológicas. El doctor Iarjinsky, que ha explorado el país hace dos años, ha descubierto en la Mar Blanca y en el Océano glacial géneros nuevos de peces y de crustáceos completamente desconocidos.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

El sitio de Bilbao, por un testigo ocular, con un prólogo de D. Gumersindo Vicuña, profesor de la Universidad de Madrid. Un tomo en 8.º Medina y Navarro, editores, Madrid, 1874.—8 reales.

Los lectores de la REVISTA EUROPEA conocen perfectamente esta importante obra, la misma que vió la luz en los números 12, 13, 14 y 15 de nuestra publicacion, y que, á consecuencia de las excitaciones que se nos han hecho, hemos debido reimprimir en un tomo en 8.º, con el sólo aumento de un prólogo escrito por el ilustrado catedrático Sr. Vicuña, que conoce bien el país á que el libro se refiere y está unido por estrechos lazos al anónimo autor.

* *

La Romántica, por Paul de Kock. Un tomo en 8.º de la *Biblioteca festiva*. Medina y Navarro, editores. Madrid, 1874.—4 rs.

Nada hay que decir al lector tratándose de un libro de Paul de Kock. El carácter de sus obras es bastante conocido de todos y apreciado de los que sólo aspiran á las lecturas ligeras y divertidas. Pero acerca de *La Romántica* tenemos que añadir que es la primera traduccion española la que anunciamos, y que está hecha con el esmero de todas las que forman la *Biblioteca festiva*.

Bibliografía científica.

Tratado de topografía, por el Sr. D. Isidro Giol y Soldevilla. Un tomo en 4.º y un atlas en folio menor. Madrid, 1874.

Higiene y medicina doméstica, por D. Justo Haro. Un tomo en 8.º Madrid, 1874.

Médula del sistema de Krause, comentado por Tiberghien. Un folleto en 8.º de 20 páginas. Madrid, 1874.

Cartas inéditas de D. Julian Sanz del Río, publicadas por D. Manuel de la Revilla. Un tomo en 8.º Medina y Navarro, editores. Madrid, 1874.

Guia del médico práctico, por F. Velleix; traduccion de D. J. Montero Rios y D. R. Casas de Bastista. Cinco tomos en 4.º Madrid, 1874.